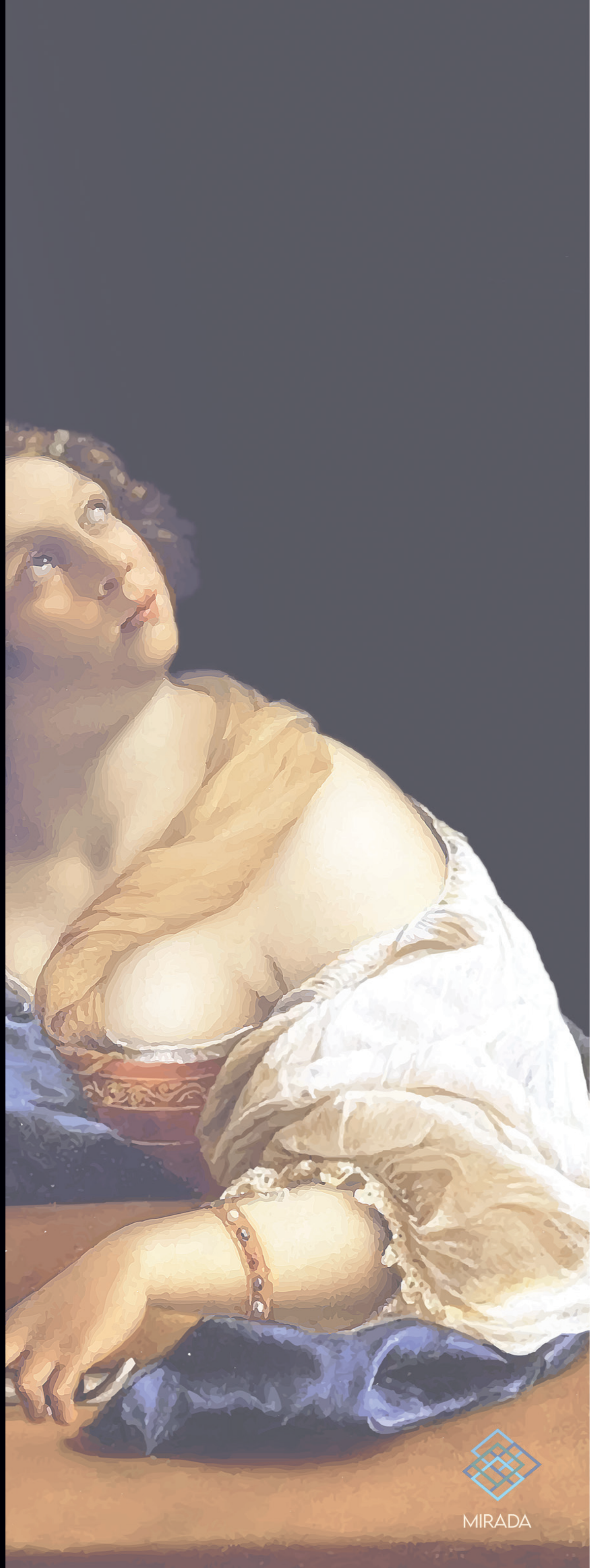
Artemisias

voces de liberación



Artemisias*: *voces de liberación es un grito para resonar y ruborizar el verdadero rostro de una sociedad que siglos tras siglos ha venido matando mujeres en cuerpo, en alma, en vida y después de la muerte. Y a pesar de la muerte o por ella, este grito resuena desde nuestras ancestrales hasta nuestros días. Es el grito que darán cada vez más fuerte las generaciones venideras para decir que no apoyamos ni apoyaremos ninguna forma de sometimiento, y que estamos unidas para luchar por una sociedad que nos reconozca en nuestra humanidad.

Conceição Rodrigues



ARTEMISIAS:

VOCES DE LIBERACIÓN



Artemisias
voces de liberación

ORGANIZACIÓN

Amira Rose Medeiros

Denise Sintani

Edlúcia Rodrigues

Iaranda Barbosa

Karina Azevedo



MIRADA

Recife

2022

ORGANIZACIÓN
Amira Rose Medeiros
Denise Sintani
Edlúcia Rodrigues
Iaranda Barbosa
Karina Azevedo

EDITORA JEFE
Taciana Oliveira

ILUSTRACIONES
Amira Rose Medeiros
Liliane Correa
Maria Cardoso
Marina Presbitero

PORTADA Y CONTRAPORTADA
"Allegory of Rhetoric" y "Judith and her maidservant" de Artemisia Gentileschi

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Alison Ferreira
Rebeca Gadelha

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL
Silvio Alfonso

REVISIÓN CRÍTICA DE LA TRADUCCIÓN
Elvira Blanco Blanco



EL SELO MIRADA ES UNA MARCA ZEST ARTES & COMUNICAÇÃO. PARA MÁS INFORMACIÓN, VISITE WWW.MIRADAJANELA.COM

DATOS PARA CATALOGACIÓN
Carla Vilella de Mattos – Bibliotecóloga – CRB4/1596

A786

Artemisias: voces de liberación / Organización: Amira Rose Medeiros, Denise Sintani, Iaranda Barbosa... [et al.]; Ilustraciones: Amira Rose Medeiros, Liliane Correa, Maria Cardoso, Marina Presbitero; Diseño / diagramación: Alison Ferreira, Rebeca Gadelha; Traducción: Silvio Alfonso. - 1. ed. - Recife: Selo Mirada, 2022.
PDF (92 p.): il.: color.

Traducción de: Artemisias: voces de liberación.
Portada y contraportada: Artemisia Gentileschi, "Allegory of Rhetoric" y "Judith and her maidservant".
Incluye datos biográficos de los autores.
ISBN 978-65-89460-23-7

1. Literatura brasileña. 2. Poesía brasileña. 3. Autoría femenina. 4. La violencia contra las mujeres. org. I. Medeiros, Amira Rose, org. II. Sintani, Denise, org. III. Barbosa, Iaranda, org. IV. Rodrigues, Edlúcia, org. V. Azevedo, Karina, org. VI. Título.

CDD B869

PRESENTACIÓN

Iaranda Barbosa

¿Cuántas Artemisias conocés?

Distraídas manos masculinas recorren rodilla, hombro, senos, cola, muslo, vagina… en la cocina de casa, en el salón de clase, en la oficina, en la placita, en el asilo, en el hospital… el balanceo del ómnibus o del metro es la excusa para tocar, para rozar el cuerpo ajeno y eyacular sobre la pollera, la blusa, los cuadernos, la cartera… toques sin consentimiento… dedos piden silencio, se juntan alrededor del cuello femenino para sofocarle la voz…

La sociedad busca siempre un monstruo o un loco para justificar el abuso, el asedio, el acoso, cuando en realidad tenemos al padre amoroso, al hijo querido, al amigo de infancia, al vecino servicial, al padrino atento, al hermano protegido, al jefe exigente, al colega simpático, al conocido bromista, al empleado ejemplar, al compañero del fútbol, al amigo del bar, al hermano de la iglesia… insospechados, imputables, inocentes…

Nos acusan de locas si gritamos, nos descreen si pedimos ayuda, nos condenan si denunciamos, nos amenazan si delatamos, nos avergüenzan si reclamamos… ¡Provocadora! ¡Puta! ¿Y esa ropa? ¿A aquella hora en la calle? Sola en un bar: quiere compañía. ¿Y ese perfume? Boca del pecado. ¿Pero por qué no se resistió? ¿Recién ahora lo denuncia? ¿Estás segura de que no fue solo una impresión? Fea como es, debería agradecer que le haya sucedido eso. Estaba borracha. Quiere fama.

Fue solo un beso robado, apenas un roce, un simple elogio, una pavada… Pero el cuerpo profanado con la suciedad ajena es el nuestro, la ropa desgarrada es la nuestra, las cicatrices (re)abiertas son las nuestras, las pesadillas en la vigilia son las nuestras, los huesos rotos son los nuestros, la vergüenza tóxica es la nuestra, los sueños postergados son los nuestros, las lágrimas reprimidas son las nuestras, los dientes perdidos son los nuestros, la vida segada es la de todas nosotras.

¿Cuántas Artemisias conocés?

PREFACIO

ARTEMISIAS DEL ARTE CONTEMPORÁNEO

Geórgia Alves

Después de la *sibilla,* ¿qué puede crear una pintora o un pintor al entregar sus dedos a tal instrumento de tortura? ¿La racionalidad o la inútil creencia en el mundo dividido por el claroscuro? Cerca de sesenta obras componen el acervo renacentista o del período posrenacentista de la pintura de Artemisia Gentileschi. No le faltó el estudio de la técnica de la perspectiva ni el infortunio de que Agostino Tassi se cruzara en su camino. Después de la tortura, ¿Artemisia soportaría vínculo con otro movimiento que no sea este, el renacentista, en su carácter más intrínseco de lo humano como medida de las cosas del mundo?

Artemisia Gentileschi nació el 8 de julio de 1593 en Roma. Su madre falleció tempranamente y su padre fue el pintor Orazio Gentileschi. En su existencia, arte y vida, Artemisia impugnaría clasificaciones destinadas a las mujeres.

Sin desviarnos de los puntos cardinales de la naturaleza artemisiana, es necesario realizar algunos cálculos, sobre todo, en este destino que le trajo amigos, artistas y científicos, como Miguel Ángel y Galileo Galilei, pensadores iconoclastas, referentes de los valores renacentistas, legados también por el genio de Leonardo da Vinci, nacido cuarenta años antes que Artemisia.

Nos interesa, para una mejor contextualización, la naturaleza sincrónica de los hechos, aunque suene a una escala diacrónica la matemática de tales episodios. Ha de observarse con mayor atención el legado de Artemisia Gentileschi y hacerle justicia. La comparación con las pinturas de Miguel Ángel o Caravaggio realza aún más la naturaleza de sus cuadros y su realización. El detallismo revela la tenacidad de mujeres capaces de mirar de frente, cara a cara, a los que le trajeron dolor, dentro y fuera de su época. Artemisia siguió retratando la intensidad de los febriles personajes femeninos, aún cuando antiguos jueces relegaron su trabajo al temible olvido, exiliándola de Roma.

Artemisia demostró afinidad artística con el uso de técnicas precursoras, como la perspectiva. Más allá del uso de la razón, fue consciente de lo diferentes que pueden ser los sentimientos imperativos del ser humano en situación de peligro, capturando sus matices en las miradas de Susana, Judith o Dalila. Susana, por ejemplo, enfrenta a Holofernes con retinas rígidas y cumple su propósito: mientras la expresión fija apunta a la hoja, la mano corta la cabeza del opresor.

Contratado por el padre de Artemisia, Agostino Tassi, profesor de la técnica de la perspectiva, se convierte en su agresor y violador. Orazio lo denuncia ante la Corte Romana, no por este crimen, sino solamente por el desaparecimiento de una de las obras (que causaría envidia a cualquier talento de la época) pintadas por Artemisia. Mientras perduraban los abusos, el padre acude al tribunal romano por el no cumplimiento de la *riparazione*. En lugar de Agostino, el tribunal somete a Artemisia, con 17 años, a la *sibilla*, instrumento de tortura hecho de cuerdas, para una prueba de la verdad pues, aún luego de ser abusada y maltratada por el deshumano maestro, este cínicamente la acusa de promiscuidad,

habiendo él mismo tendido las trampas para incriminarla. Agostino acepta la imposición del destierro, incumplido bajo los auspicios de la ley, y se libera hasta el punto de no ser ni siquiera encarcelado durante cinco años (según la ley), ni sometido a la pena pecuniaria en pago por el honor de la familia Gentileschi. La historia de Agostino guardaba otras violencias: había abusado de un muchacho y abandonado a su mujer, corrompiendo su valor virginal con hijos ilegítimos. No era dado a casarse. Él queda libre y Artemisia se ve obligada a casarse con otro hombre, dejando Roma, el centro cultural artístico de la época, para vivir en Florencia.

Para la ley de Roma, su palabra y la promesa de que abandonaría la ciudad fueron suficientes. Para Artemisia, después de la violación, más violencia, el cinismo y mal juicio a los ojos de la gente, y el exilio. El destino solamente no le fue más cruel porque consiguió en el casamiento una buena compañía, además de buenas amistades. Sus pinturas fueron destacadas obras en Florencia, donde su fama creció al punto de convertirse en una de las únicas mujeres admitidas en la academia patrocinada por los Médici.

Varios registros judiciales revelan la agresión sufrida por la artista. La escritora Susan Vreeland hizo uso de estos archivos de la justicia romana y florentina al escribir la novela *La pasión de Artemisia*, revelando su arte y sus técnicas, estudiadas y celebradas hasta hoy, mientras que de la obra de su verdugo no se escucha hablar (el nombre no ha de ser mencionado, excepto por lo del terrible episodio de la violación). De las obras de Artemisia extraemos pruebas suficientes para entender el mérito. Su Judith decidida a eliminar el mal cortándolo por la raíz, enfrentando los peligros de la vida, resumiendo el egoísmo de los hombres. Con la

espada entre los dedos, desconoce el sometimiento, empuña el símbolo y asume la metáfora más categórica de la época.

A diferencia de candelabros o lámparas, este es el objeto que marca su arte. Abriendo caminos en las galerías y palacios de Florencia, enfrenta demonios bajo los auspicios de la razón. En el universo sacro-demoníaco del Barroco, otros pintores se sumergen en el retorno al pensamiento medieval. A contramano, la obra de Artemisia celebra perspectivas científicas.

Muchos son los caminos que toma la violencia hacia la mujer, siempre tortuosos y torturadores, como la *sibilla* que hizo sangrar las manos de una de las mayores pintoras de la humanidad. Las narrativas en este libro contienen el ímpetu de *Susana y los viejos*, pintada por Artemisia en 1611, a sus 17 años, cuyo trabajo y destino fueron guiados por el enfrentamiento, por la verdad fea y cruel, igual a la que vemos a seguir en la Calle Uno, en las ramas de un árbol, en el porche de una casa, en la Quinta del Jaguar Rengo, en el Río Plateado o en el forro del vestido de Bella que mantiene en secreto el moretón. Al igual que los personajes de Artemisia, en estos textos que vamos a leer ahora la elección ya fue hecha: solamente hay lugar para la mujer destinada a construir una obra, a levantar la piedra, a atreverse a domar el fuego divino.

Quien cruce *Artemisias*: *voces de liberación* estará, como Sísifo, más allá de los límites de la humanidad o de la palabra. La travesía hacia el otro lugar, de lo finito a la infinitud del existir en el mundo, porque fue en busca de lo imposible. Veamos, entonces, qué nos revelan las Artemisias del Arte Contemporáneo y sus narrativas.

ADVERTENCIA

Presencia de contenido sensible

ÍNDICE

VERGÜENZA INFANTIL

Claudete Bispo

No me di cuenta,
Por un tiempo sentí un dolor,
Un aprieto, un horror,
Culpa por pensar,
Culpa por insinuar.

Mis ropas eran ajustadas,
Mi short provocador,
¿Será que todo eso generó
el impulso ocasional?
Él siempre me llamaba mi niña

Siempre me trató como a una hija
Él y su esposa, mis tíos, un gran amigo de mis padres
Y con sus hijos me sacaban a pasear
Tardes divertidas en el parque
Inocencia de niños

Palomitas, películas y dulces
Carreras y mucho helado
Hasta que sentí sus manos en mis piernas
Y limpiando la suciedad de mi blusa
Pasaba el trapo por mis senos.

Como medida de seguridad en su casa
Pedía que yo no cerrara la puerta del baño
Tenía miedo de que la puerta se trancara y yo quedara presa,
presa, hija, porque me cuidaba.
Y yo sentía la mirada vigilante.

Mi tía siempre nos dejaba
Pero cuando llegábamos de la piscina
Todos a la ducha
Quítense los trajes de baño
Para no ensuciar la toalla

Y mientras me puso en su falda
Esperando que la empleada secara a sus hijas
Sentí un líquido pegajoso
Traspasar la toalla y mojar mi cola
Le pregunté qué era esa suciedad

Me miró y me dijo niña sucia
Que se mojaba y ensuciaba a los demás
Todavía me mandó olerlo
Asco de aquel olor
Hasta hoy no lo olvido

Le conté a mi madre
Ella se rio y me dijo que tuviera cuidado
Para no ensuciar a nadie
Para no pasar vergüenza
Las niñas son torpes

Ya no tenía más ganas de jugar
Quería quedarme en casa
Quería callar
¿Por qué sería tan sucia?
¿Por qué sería manoseada?
Solo quería jugar.

Ahora sí, me voy a callar
Nada me molestará
Quiero dormir sin pensar, sin oler
Despertarme sin avergonzarme
En el cielo puedo volar, nadie me tocará.

EL LOCO DE LA CALLE UNO

Denise Sintani

Otro loco [...] Después, Proust: consta que clavaba agujas en los ojitos de los ratones. Y los azotaba a los pobrecitos. Genet: comía las ladillas que encontraba en la ingle del amante. Foucault: salía por las noches, todo de cuero negro, sado, entonces, o maso, dando y comiendo asteriscos.

Hilda Hilst

Antiguamente era así: la gente que trabajaba mucho, realmente mucho, no tenía tiempo para preocuparse por explicaciones complicadas en diálogos con niños; menos tiempo aún para poder contar con la policía en caso de notar anomalías en las calles del barrio. Fraccionamientos recientes, lejos del centro, calles de tierra, pocas casas, muchos niños y monte, hasta cuesta creer que el monte siga resistiendo con la misma fuerza del cemento que vendría años después.

Podíamos jugar en la calle y los niños del barrio éramos un grupo listo, sobre todo a la hora de deslizarse con la cola en un cartón desde el barranco donde tiraban tierra roja, en tiempos en los que era más difícil para una familia el poder comprar una lavarropas; picnics en chozas de ramas secas con pedazos-restos de la tarta de cebolla que algunos traían de lo que sobraba en el almuerzo después de la escuela y mucho alboroto, hasta que apareciera la madre de alguien al grito de: ¡andá para adentro, que tu padre va a llegar! Puedo decir que todos terminábamos amigos, cualquier tipo

de diferencia, niño, niña, al día siguiente ya ni existía, solo importaba: el críquet, el manchado, trepar árboles, ardillas y monos de vez en cuando en las ramas.

Entonces, un día apareció un extraño caminante, siempre con la misma ropa: pantalones acampanados de tergal gris y buzo de lana marrón. Bastante marrón. Delgado, muy delgado, la cara blanca y tersa, no tenía ni un pelo de barba. Hasta ahora, nada demasiado extraño. La gente que usa la misma ropa todo el tiempo es normal, no necesariamente significa falta de aseo, pero si hay moscas volando, entonces ya podemos deducir algo por el estilo. Lo más bizarro es que, si mi razonamiento es lógico, hacía mucho tiempo que aquel tipo no se duchaba porque, en lugar de moscas, tenía tres cucarachas que no salían de su órbita, especialmente de su cabeza. ¡Cucarachas grandes, enormes! Revoloteaban como colibríes, se posaban sobre sus hombros, caminaban un poco sobre su espalda o brazos, luego despegaban nuevamente y yo podía escuchar sus pesadas alas –vrrrummm, vruuummmm– siempre siguiendo sus pasos.

Paulita, que vivía justo a la mitad de la larga Calle Uno, nos dijo en uno de nuestros picnics en la cabaña que el tipo caminó desde el comienzo hasta el final de la calle unas cinco veces, con los brazos cruzados, mirando al final de algún destino y con una sonrisa muy tenue, como si supiera muy satisfecho que estaba siendo observado. En mi malicia de niño, quise asustarla: es el hombre de la bolsa eligiendo a quién se va a llevar para la sopa de la cena del domingo. Pepe se rio escupiendo torta de harina de maíz y Bea abrió tanto los ojos y la boca que parecía un agujero negro tratando de tragarse el mundo.

Pues no. Fabio, a quien a veces le gustaba dejar a un lado a las niñas con la intención de jugar a la mano amiga y a

la chupadita solo entre nosotros –motivo por el que terminó con muchas latas de leche condensada de su abuela–, definió con gravedad: este hombre se escapó del manicomio de Villa Morse, idiotas, ¿no escucharon las noticias? La policía está cazando a todos los fugitivos, pero lleva tiempo, porque en la calle los locos actúan como gente normal. Pepe volvió a reírse, Paulita hizo una mueca de llanto y los demás comenzaron a murmurar cosas entre el miedo, el pánico y la burla. Entonces tuve la idea de preguntar: ¿qué hace un loco? A lo sumo locuras, verdad, ¿qué más puede ser?

Pues sí.

En un atardecer caluroso, estábamos trepados en una *seringueira* enorme del patio de las gemelas Lu y Anto. Árbol enorme que comenzaba del lado de adentro del portoncito de madera de color verde descascarado y terminaba en las raíces que rompían la vereda, del lado de afuera; tenía ramas espléndidas, fuertes, y tronco másculo y duro, tan duro como puede serlo una *seringueira*, porque, para mí, una *seringueira* solo podía ser un árbol-mujer.

Entonces vimos a lo lejos el andar del Loco que se acercaba y se hizo el silencio entre las estatuas de niños y niñas sobre las ramas del árbol, esculturas con los ojos muy abiertos y fijas en el resplandor de la Rosa de Hiroshima, del apocalipsis, del fin del mundo.

El suéter marrón caminaba con los brazos cruzados, el cuerpo delgado y alto erguido, la mirada puesta en el final de la calle, la casi sonrisa de quien se sabe observado. Pasó por nosotros así, como una marioneta flaca que camina, con las tres cucarachas revoloteando en una órbita perfecta y luego posando alegres en la frente, en los hombros, en la espalda, en los brazos del hombre. Anto hizo como que iba a bajarse del árbol, quería llamar a su madre, pero Lu dijo mamá se

va a enojar mucho si vos interrumpís sus costuras solo para que vea al Loco, porque además él no está haciendo nada malo – Lu siempre pensó de la misma manera que piensan los adultos –, caminar de un lado para el otro en la calle no significa nada; pero hay que llamar al manicomio, ellos vienen a buscar al loco y listo; ni siquiera sabés si está realmente loco, pero tiene que estarlo, nadie que sea normal se queda tanto tiempo caminando para arriba y para abajo por la misma calle ese montón de veces; sucede que nosotros que estamos del lado de adentro no corremos peligro; Bea tosió ahogado, Fabio suspiró dispuesto a dar pelea, Pepe se rio un poco asustado y yo dije que bastaba una patada en la cabeza y el Loco desistiría de todo.

Entonces regresó, ni demasiado rápido ni lento, pero hizo el camino de vuelta, y nos generaba tensión porque no lo hacía rápido y deseábamos el final de la historia.

El Loco volvió de la misma forma que había ido la primera vez: la sonrisa parecía ahora un poco más sonrisa, se burlaba de las estatuas impregnadas en la seringueira, sin mirarlas; dos cucarachas se posaron silenciosamente en cada uno de sus hombros huesudos y la tercera en medio de su cabello.

Pasó, con los brazos cruzados, dio otros cinco pasos, tan largos como las magras piernas dentro del tergal gris, y se detuvo. Luego giró un poco, lo suficiente para que viéramos el delgado perfil, la mitad de su cara sin barba y la sonrisa un poco más sonrisa. Con la respiración suspendida, Paulita y Bea estaban a punto de llorar de verdad y Pepe se tragó la risa más tensa de todos los tiempos, a la espera ansiosa de la película de terror.

Entonces el Loco se desabrochó los pantalones grises de tergal y arrojó hacia afuera el tronco de su *seringueira*;

balanceando con una mano el palo, el chorizo, el trozo, nos invitaba a cambiarnos de árbol. Anto estuvo a punto de gritar, pero el temor a que el grito lo acercara aún más hizo con que un ¡hip! casi imperceptible se le trancara en la garganta. El llanto de Paulita, al igual que el de Bea, también se secó frente a las bolas que ahora apenas cabían en su rostro atónito, y Lu entrecerró los ojos con rabia. Miré a Fabio y percibí que estaba ensayando cierta comparación para saber si un día su lombriz se convertiría en una anaconda como aquella: palpaba medio soñando su aún modesto proyecto de pistola.

Entonces, sin expresión alguna en su rostro sin un pelo de barba, el Loco volvió a meterse la verga en los pantalones, se subió el cierre, rumbeó hacia la calle y siguió caminando con su paso habitual; las cucarachas, hasta entonces posadas y aletargadas, despertaron repentinamente y retomaron el vuelo de colibrí en el acompañamiento hasta desaparecer de nuestra vista. Nos quedamos quietos por un rato como estatuas, pensando; una especie de conmoción, miedo, asombro de quien se ha encontrado cara a cara con algo que aún no es; Bea incluso llegó a decir, en su delirio, vaya... el no-sé-qué es peludo.

Antiguamente era así: gente que trabajaba mucho, pero mucho, no tenía tiempo para contar con la policía ni con el manicomio y, entre pijas, chotas, porongas y vergas, algunos logran contar estas historias frente a la belleza del crecer; hay quien las encierran en el armario y otros las olvidan, porque llegan a pensar que el Loco solo salía a pasear por la Calle Uno.

UN VECINO Y NADA MÁS

Edlúcia Rodrigues

No quiero ir. Ya lo dije. No me gusta aquel lugar. ¿Por qué no te gusta, Olivia? No lo sé, solo sé que no me gusta. Dicen que cría una serpiente, ¿será verdad? ¿Vos ya la viste? Nunca la vi y no quiero verla, Flor. Me aterra. Mirá, más tarde vamos a dar un paseo cerca de su casa, ¿vos venís? Solo si no piensan en ir a visitarlo. Porque si es así, doy media vuelta y regreso sola, ¿me oíste?

Don Max era un viejito afable, cariñoso con los niños, le gustaba jugar con todos los que se encontraba por la quinta donde vivía. La Quinta del Jaguar Rengo, un lugar que ya parecía un pueblito por la cantidad de gente que vivía allí, familias enteras llegaron poco a poco y se asentaron en la región. Sí, pero como decía Nina, don Max era un amor. Tenía algunos problemas de salud, lo cual era razonable pues ya se acercaba a los 80 años, por lo que se movía con cierta dificultad, muchas veces dependiendo de un trozo de madera que convertía en bastón. También poseía una sonrisa agradable, aunque con un aire medio misterioso, un poco tranquilo a veces. Esta historia de que criaba una serpiente se rumoreaba por todas partes, aunque pocos afirmaban haber visto un animal tan venenoso en su casa e, incluso cuando alguien aseguraba haberlo hecho, siempre dejaba una risita sospechosa en el aire. Otros decían que en realidad era un cuento para niños, pero una mueca socarrona se les escapaba sin querer de la comisura de sus labios.

Julio, Flor, Olivia y Zafira eran niños de aproximadamente la misma edad, seis o siete años, llenos de energía, curiosos, creativos, que solo paraban a la hora de acostarse. Por la mañana, estudiaban en la escuela Niños Inocentes, repleta de mucho conocimiento y fantasía, todo lo que un niño de esa edad necesitaba aprender para desarrollarse bien y con dignidad. Amaban ir a la escuela. Era realmente un segundo hogar para estas pequeñas criaturas. Olivia siempre fue la más estudiosa del grupo. Tenía las mejores notas. Una niña diez puntos, decía Nina. Después del almuerzo, solían hacer sus tareas escolares, cada uno en su casa. Pero si a alguien le surgía alguna duda, buscaba rápidamente a Olivia para solucionarla y verse libre. Al terminar, se reunían en el patio trasero de la casa de Julio, un lugar muy amplio con árboles frutales gigantes, como mangos y yacas, que proporcionaban sombra esencial para las tardes de muchos juegos. Había un pequeño escenario debajo de un árbol de mango, que era el lugar favorito de Zafira pues con la ayuda de su hermano, Sampaio, de trece años, crearon una batería hecha de hojalata, cartón y un balde agujereado, con la intención de improvisar una banda musical. Todo muy modesto y con mucha onda. Cuando Julio tocaba la batería, ese sonido único, tan de ellos, resonaba fuerte en la mente y en el corazón… badumtss, badumtss... A Zafira le encantaba ese sonido y empezaba a cantar y bailar. Se vestía como una bailarina de circo, usando y abusando de adornos, polleritas con volados más concentrados en la región de la cola y meneando como ninguna. A veces, deseaba ser una mini Carmen Miranda en ese escenario espectacular. Olivia y Flor se convertían en el público, y entre fuertes aplausos y silbidos ensordecedores animaban aún más cada espectáculo, tan especial, que surgía espontáneamente. Mucha diversión, infinita.

Otras tardes, a los niños les gustaba pasear por la orilla del Río Plateado, que cortaba toda la quinta con sus aguas cristalinas, doradas y chispeantes, donde era posible ver pececitos distraídos que llegaban a las pequeñas lajas que bordeaban ese río tan presente en la vida de todos ellos. Don Max incluso vivía más cerca de esta zona rocosa, que estaba un poco más lejos de la casa de los niños. A menudo, la madre de Olivia y la de Zafira se quejaban con ellas cuando se alejaban del perímetro de sus casas. Incluso porque era peligroso encontrarse con animales venenosos en esta región, como ya les sucediera a ambas, en pleno otoño, cuando una tarde regresaron a los gritos contando que se habían encontrado con una serpiente de coral bañándose en el río y, en otra ocasión, con una culebra trepadora marrón pasando al ras sobre sus cabezas. Así lo contaron, llenas de miedo, tiritando, temblando.

Era un viernes por la tarde, a principio de la primavera, los arbustos florecían por todas partes en la Quinta del Jaguar Rengo. Los niños eran pura felicidad, corriendo atrás de las gallinas y ahuyentándolas con palmas, asustándose de las guineas, que de repente corrían agitadas persiguiéndolos sin ninguna ceremonia; ese era un momento de muchos gritos… ¡AAAAAAAAAH! Y salían dando saltos, haciendo monerías, riéndose a carcajadas, momentos antes de salir a escondidas a caminar por la orilla del río. Con cada paso, un deslumbramiento. Una frase, una sonrisa, un cuidado, una indicación con el dedo... Julio, ¿qué pajarito es ese negro, rojo y blanco en esa rama de cajú? Es un cardenal, Flor. Es muy bonito, Julio. Miren, otro pájaro al otro lado del río. Es una golondrina, ¿verdad, Julio? Sí. Es verdad, Olivia. Voy a llevarme estas piedritas para jugar mañana con ellas, Flor. Llevalas, Olivia. Porque a mí también me encanta jugar con piedritas, ya sabés. Y fueron a lo largo del río, encontrán-

dose con patitos, terneros, caballos, chivos, cabras y hasta cerdos. Había muchos animales a lo largo del río, algunos en corrales y otros en completa libertad. Se oían gruñidos y ruidos de todas las especies. Estaban maravillados. Julio se adelantó y vio la casa de don Max, que estaba en silencio, se acercó con curiosidad, escondiéndose entre los árboles de alrededor como si buscara algo. Desde la distancia, Flor vio su artimaña y lo mandó regresar rápidamente. Ahí no, Julio. ¡Volvé ya! ¡Vámonos! Julio le sacó la lengua y siguió su camino, acercándose cada vez más a la casa. ¿Adónde creés que vas, muchacho? Vení aquí. Suélteme el brazo, don Max. Solo estaba mirando. ¿Mirando qué? Mirando aquí, su casa, que es hermosa, ¿no? ¿Hermosa, mi casa? Vení, sentémonos ahí en mi patio, debajo de ese árbol de aguacate hay unos taburetes. Me gusta charlar con los niños. Está bien. Voy, pero suelte mi brazo. Está bien, lo suelto. ¿Me tenés miedo, muchacho? No, no tengo. Es que me asusté porque llegó de repente. Entonces dame un abrazo, dale. ¿Viniste solo a estos lugares? No, vine con mis amigas Flor, Zafira y Olivia. Ellas venían más atrás. Llamalas para que vengan aquí, vamos a charlar un rato. Nunca recibo visitas. Chicas, vengan aquí. Don Max las está llamando, ¿dónde están? ¿Están escondidas? Salgan. Don Max es una buena persona. Vengan.

Yo voy a volver para casa, Flor. Te dije que no me gusta aquí. Julio no tenía por qué ir a ver a don Max. Olivia, vamos allí y regresamos rápido. Si te vas y no vuelvo contigo, mi mamá me va a castigar muy fuerte cuando llegue. ¿Por qué no querés ir, Olivia? Por nada, Zafira. Mirá, Olivia, será mejor que volvamos juntos. No podemos dejar a Julio solo. Está bien. Pero no me voy a acercar a don Max, ¿de acuerdo?

Vamos, niñas, acérquense. ¿Ustedes están bien? Muy bien, don Max. ¿Cómo se llaman? Yo soy Flor. Yo, Zafira. ¿Y aquella que está detrás del naranjo? Vení, nena, no ten-

gas miedo. Ella es Olivia, don Max. Gracias, Zafira. Olivia, vení aquí. Voy a traer algunas guayabas y mandarinas para que coman. También tengo algunos dulces y palomitas de la ciudad. Siéntense aquí en estos taburetes. También son para ti, muchacho. Yo ya vuelvo. Cuidá bien de estas niñas.

Flor fue hasta donde estaba Olivia y la convenció de que se sentara allí en los taburetes. Esperaban ansiosamente el regreso del don Max, que caminaba muy despacio. Zafira le dijo a Olivia que era un buen anciano y le pidió que no le tuviera miedo. Flor sonrió y dijo que cuando les diera los dulces y las palomitas, se irían. Julio dijo que él quería llevar mandarinas, porque a su hermana Paola le encantaban.

Miren aquí lo que les traje. Ayudame, Julio. Agarrá estas bolsitas con las guayabas aquí. Muy bien, muchacho. Espera, yo también me voy a sentar. Vos sos… Yo soy Flor. Por supuesto, mi Flor, cómo me iba a olvidar. Estos dulces son para ti. Y estas palomitas. Vos sos Samira ¿verdad? No, don Max. Soy Zafira y tengo seis años. Por supuesto, mi piedra preciosa. Creo que tus ojitos son un poco verdosos, ¿sí? Solo un poquito. Dulces y palomitas para ti también. Luego te doy a ti, Julio. Primero las damas. Ahora vos. Esos cabellos negros rizados tan hermosos, ¿de quién son? Hablá, Olivia, no seas grosera. No hay problema. Ella es así de callada, yo ya la conozco. Tomá estos de frutillas y estas palomitas. Gracias. A ver, levantá un poco esa cabeza, nena. Voy a tocar tu mentón, ¿de acuerdo? Dejame mirarte. Siempre tan bella. Vámonos ahora. Vamos, Olivia. Ahora no, Flor, todavía es temprano. No, don Max. Nuestras madres ya deben estar preocupadas. Yo también quiero palomitas, don Max. Se olvidó de las mías. ¿Me olvidé? Andá hasta la cocina, están sobre la mesa. Agarrá unas para vos. ¿También puedo agarrar algunas mandarinas? Usted dijo que nos traería. Quería conseguir algunas para mi hermana. A ella le gustan mucho. Sí,

podés, Julio. Están en la cocina. Podés agarrarlas. Flor, vení conmigo. Pero, Julio, ya nos vamos. Es rápido, Flor. ¡Vamos! Está bien. Pero rápido, ¿sí?

Cuando Julio y Flor entraron en la casa, don Max ordenó a Zafira y Olivia que se sentaran junto a él, una a cada lado y, tomando del brazo con firmeza a una y luego a la otra, mientras miraba profundamente en sus ojos les decía que ellas no deberían tenerle miedo, porque no les haría ningún daño. Y también les decía que eran sumamente hermosas. Mientras a Olivia el corazón le latía como al galope, Zafira sonreía y decía que no le tenía miedo.

Don Max, me duele el brazo, me lo está apretando, ¿verdad, Olivia? Lo siento, mis niñas, ni siquiera me di cuenta. Es para que no me dejen solo ahora. Solo nos iremos cuando Flor y Julio vuelvan, ¿verdad, Olivia? Zafira, vení aquí. Primero dame tu mano. ¿Yo? Vos misma, mi piedra preciosa. Quiero que sientas esto. Olivia ya estaba con la cara mirando hacia otro lado, llorando bajito. ¿Sentir qué, don Max? ¿Usted se abrió los pantalones? ¿Por qué? No, don Max. Quiero irme. Suelte mi mano. Agarralo, hijita. ¡Usted tiene una serpiente ahí en tus pantalones, don Max! Olivia, ayudame. Ella me va a picar. Estás llorando, Olivia, ¿qué pasa? Me está lastimando, don Max. No tengas miedo, nena. No llores. Ahora, este es un pequeño secreto entre nosotros tres. Si les cuentan a sus madres, algo muy malo le sucederá. Nadie puede saber eso, ¿me oyeron? Ellas pueden morirse, ustedes pueden morirse y sus padres también. ¿Comprenden?

Desde el porche de la casa, Julio comenzó a gritar que no había serpientes dentro de la casa de don Max.

LA SOTANA DEL CURA

Fátima Farias

Unos años después, Judith recuerda su infancia mirando un programa en la televisión. Doce de octubre. Todavía siente el dolor de las palmadas en su cola regordeta. Las manos pesadas de su padre la dejaron dolorida durante días. Le vino a la mente la imagen de una amiga, ahora no recuerda su nombre. Los años pasan rápido y la memoria a veces no coopera.

Las misas de los domingos, además de representar un paseo, eran momentos mágicos en los que las familias se reunían para conversar y contarse historias después del oficio.

Judith recuerda haber visto a su amiga bajo la sotana del cura, que nunca sonreía. Con cara seria, le dio una atención exagerada a esa niña en particular, la única que recibió dulces y monedas.

Un día preguntó:

... ¿por qué solo vos recibís dulces y dinero? ¿Qué hay debajo de la sotana del cura?

La amiga, algo avergonzada, no responde.

Judith llega a casa y cuenta a su padre lo que vio. Él, furioso, no le cree y la castiga con muchas palmadas.

El reportaje termina mostrando el abuso sexual infantil en las iglesias. Judith deja escapar lágrimas de tristeza al recordar el antiguo hecho. Pasaron tantos años, el recuerdo

afloró con fuerza dolorosa, los azotes, la cara de la amiga que nunca más volvió a ver y la certeza de haber sido testigo de un crimen encubierto.



EL SILENCIO DE LOS INOCENTES

Isabete Fagundes Almeida

Cuando el enorme portón se abre, Sandra siente que el nerviosismo se apodera de su cuerpo. La institución coordinada por monjas tenía una línea educativa muy estricta, pero ella se preparó, respiró hondo y entró.

Comenzó a dictar y a impulsar clases sobre temas que fomentaban la reflexión crítica sobre situaciones recurrentes dentro de la sociedad. Esta práctica desagradó a algunas docentes, quienes optaban por una educación formal.

Luego de algunos meses impartiendo clases, notó un cambio en las actitudes de Carina, de 8 años, quien siempre fue participativa en las tareas.

Sandra ya había comentado en las reuniones de docentes sobre los dibujos de la niña. Los padres, cuando fueron citados por la escuela, se sintieron incómodos con el motivo de la reunión y alegaron que era apenas una fase y que la niña quería llamar la atención.

—Somos de una familia religiosa, guiados por la moral y las buenas costumbres, esto jamás pasaría en nuestro hogar.

—No podemos creer todas las fantasías de la mente de un niño— concluyó la madre.

A partir de ese evento, empezó darle más atención a Carina, para que se sintiera más segura. Llevó a la clase videos donde se mostraba de manera lúdica qué parte del cuerpo

se puede o no dejar tocar, y fue haciendo intervenciones. A pesar de cierta resistencia, las monjas apoyaron esta iniciativa.

Meses después, la psicóloga que atendía a Carina, a través de los relatos, descubrió la manipulación emocional por parte de su abuelo paterno. Infelizmente, en ese silencio de aquella inocente habitaba un monstruo sin escrúpulos, sin empatía y perverso, descubierto por las señales de socorro.

Por tratarse de una figura ilustre y respetada en la ciudad, las monjas y la dirección de la escuela mantuvieron varias reuniones antes de volver a llamar a los padres de Carina.

Unos días después, Sandra fue despedida.

NO HAY DINERO QUE PAGUE

Suelany Ribeiro

Existen océanos de lágrimas que las mujeres jamás han llorado, pues les han enseñado a llevarse a la tumba los secretos de su madre y su padre, de los hombres y la sociedad y los suyos propios.

Clarissa Pinkola Estés,
en *Mujeres que corren con los lobos*

En mi infancia, podía comprar 10 paletas heladas por 1 real. Solo necesitaba ser rápida porque la heladería estaba una calle más arriba y yo tenía que subir y bajar la cuesta rápido. De lo contrario, iba a llegar a casa solo con agua coloreada en el envoltorio. Cuando mi madre dejaba su monedero olvidado encima de la cómoda, yo siempre iba hasta él y veía si podía conseguir algo para mí. El calor del verano era fuerte.

Me arden los pies, debí haberme puesto las chancletas. Pero si me detuviera, mi madre me preguntaría qué estaba haciendo.

—Don Pepe, deme 1 real en paletas. Quiero todas de frutilla y chicle.

—Esas paletas sueltan mucha tinta, nena.

—No me importa, me gusta tener la lengua azul.

La lengua azul es buena porque me parezco a Merlina Adams, vi la película una tarde en mi casa y otra vez en la casa de Julieta. Ojalá tuviera una videocasetera, para poder pasar toda la tarde viendo películas, sin esperar a que las pasen en el programa de la noche. Me gusta acostarme temprano y dormito durante toda la película y al día siguiente me cuesta mucho trabajo levantarme.

Los pies me arden demasiado, menos mal que ya estoy llegando.

Mi madre se enojaba mucho por los sabores de paletas que yo traía. Solo le gustaban los sabores de frutas y siempre decía que iba a esconder su billetera porque no me acordaba de ella. Como era poco dinero, a ella no le importaba, pero se quedaba dolida porque nunca le llevaba ni una de coco. Yo le mentía que no había de otros sabores. Por supuesto que ella sabía de la mentira. Siempre escondía algunas en el fondo del congelador para que yo pensara que me las había comido todas y, así, luego sorprenderme y encontrar una o dos que habían quedado perdidas.

La voy a atrapar. Ella cree que puede correr más rápido que yo. Sigue siendo una floja. Solo gana haciendo trampa.

—No quiero jugar más de esta manera. Solo yo soy la que mancha.

—Es que vos no conseguís ser rápida. Parece que caminás con una pelota entre las piernas. Jajajajajajajajajajajajajajaja-jajajajajaja jajajajajajajajajajajajajajajaja.

—Ahora vas a ver. Te voy a mostrar lo que es bueno.

Fue en este ir y venir, corriendo atrás de mi amiga más pequeña, que tuve mi primera pelea. Estuve castigada durante una semana, sin poder salir a jugar con los demás niños. Menos mal que había un patio trasero. Fue durante esta privación cuando observé mejor a mis vecinos.

—Hey, nena, ¿podés comprarme unas paletas? Hace mucho calor. Si me traés 10, te ganás 10.

—¡Claro que compro! Si soy lo suficientemente rápida, puedo convertirme en su repartidora y ya no tendré que pedirle dinero a mamá.

—Don Pepe, hoy quiero 20. 10 de chicle y frutilla y 10 de sabores variados. Colóquelos en bolsas separadas.

—Don Antonio, ¡¡¡llegué!!! Muchas gracias. Y si quiere comer una paleta y no hay quien se la compre, yo voy.

—Chau, nena.

Volví para casa como una bala, con el corazón haciendo tucutúm tucutúm.

Don Antonio debía tener unos 60 años. Ese día volvió con la bragueta abierta, sin camisa y con los pelos al descubierto. Me asusté tanto que hasta se me pasaron las ganas de comer paleta, las puse todas en el congelador. Bebí un vaso de agua y traté de ocultar el nerviosismo, ya que mi madre llegaría pronto del trabajo. Si le dijera lo que vi, ella iría a pedirle explicaciones al hombre y, como es de mecha corta, sería un problema. Caminé por el corredor y fui al patio trasero, pude ver su casa. Don Antonio estaba meando entre las plantas, sin camisa, con el pene lleno de pieles. Cuando terminó, empezó a toquetear el órgano, moviéndolo vigorosamente, para arriba y para abajo, hasta que creció, creció, tomando una forma indescifrable. Todo duro, lo frotó con fuerza en una planta, y lo frotó, y lo frotó, hasta que gimió y brotó un líquido blanco que le corrió entre los dedos.

—¿No vas a jugar, hija?

—Hoy no, mamá, tengo deberes de la escuela para hacer.

—¿Querés ayuda?

—No es necesario, este es de matemáticas. Ya casi termino. Y luego viene otro de historia. Puedo usar la enciclopedia.

No dije una palabra ese día y mi madre sospechó que algo pasaba. Lo disimulé bien. Finalmente, creyó que era una preocupación por los deberes.

Mañana voy a preguntarles a las chicas si notaron a don Antonio diferente. Viven al lado de su casa, es posible que hayan percibido algo. No pude hacerlo.

Pasaba rápido por frente a su casa. Miraba al suelo, solo para no tener que enfrentarme con la mirada a nadie. Y esto se repitió durante unas semanas. Mi madre sospechó de mi comportamiento y por supuesto ya no creía ni una sola palabra de lo que decía. Sabía que estaba escondiendo algo.

Que buena es la semana de exámenes. Salimos temprano y nos da tiempo de estudiar para el examen del día siguiente. ¿Ya llegó Juli? Voy a ir a verla. El descubrimiento de Brasil es un tema muy difícil, nunca recuerdo las fechas y la maestra podría preguntarme eso mañana. Tengo ganas de preguntar qué fue lo que descubrieron, si ya vivía gente aquí.

—Hey, haceme un favor, nena.

—Hola, don Ignacio.

—Nena, mi esposa se fue temprano y no puedo llamar a la compañía de alcantarillado. ¿Podés discar el número? Tengo mala vista.

—Si puedo.

—El teléfono está en el escritorio, al lado del living.

Las luces se apagaron cuando me pasó un pañuelo por la nariz. Me desmayé y solo recuerdo algunos reflejos. Mi mano agarrando algo duro. Los dedos debajo de la pollera escolar. Me desperté sentada en la terraza. Él dijo que me

caí, pero que todo estaba bien, su mujer ya estaba en casa y llamó a mi madre. Me perdí el examen del día siguiente y tuve que hacerlo un período después. Recién hoy, después de tantos años, estoy segura de lo que me hizo. Justo ayer, en el día de su velorio, una amiga mía escribió un gran desahogo en una red social, y están surgiendo otras muchas historias. No solo sobre él, sino también sobre don Antonio. ¿Por qué a estos pedófilos se los descubre solo después de muertos? Fernanda dijo que don Ignacio le chupó los pezones y dijo que, si ella contara algo, nadie le creería. Existen tantas historias con las que cargamos y la mayoría de las veces se van con nosotras a la tumba, mientras nuestros verdugos salen ilesos. Esta noche tuve un sueño y todo se sentía tan real. Estaba caminando en un jardín de girasoles, con varias otras mujeres, de diferentes edades, bailamos con el sonido del viento y los vestidos eran rojos y azules, brillaban como brasas en mis ojos. No teníamos miedo y el cielo, cargado de nubes, guiaba nuestro trabajo. Me desperté cuando un perro enojado apareció desde lo alto de la montaña y mordió nuestros pies.

—*¿Qué sentís después de este sueño*?

Siento que es hora de lamer las heridas hasta que cicatricen. El perro puede perseguirme para lastimarme, pero primero les voy a contar todo lo que me pasó para que otras mujeres sepan reconocer el mismo maltrato y que los niños ya no sean víctimas de este tipo de delitos. Mi voz es importante.

POLICÍA

EXMISS REVELA QUE FUE VÍCTIMA DE ABUSO SEXUAL EN LA INFANCIA, DESPUÉS DE VARIAS DENUNCIAS SOBRE UNA GRAN RED DE PEDOFILIA EN BRASIL

Diario de la Mañana, 13 de agosto de 2020

Por Janaína Potiguara

ANÓNIMO: Debe estar buscando atención, no tiene más trabajo y ahora quiere aparecer.

Lucía Siqueira: La verdad solo aparece cuando Dios quiere.

Joseildo Sa: Me sigo preguntando por qué esta mujer tardó más de 30 años en contar esta historia. Más aún ahora que la otra parte no puede defenderse.

Antonia Rodríguez: Por eso necesitamos educación sexual en las escuelas, para que los niños puedan reconocer estos delitos y denunciarlos.

Profeta Juan: Estos comunistas quieren inducir la enseñanza del sexo en la escuela. Protejan la inocencia de nuestros niños.

Adelaide María: Saqué a la mía de la escuela justo al comienzo de la pandemia. Ahora tiene clases en casa.

Teniente Ariosvaldo: Estoy seguro de que, si hubiera habido un hombre de la casa, esto no hubiera pasado.

Los comentarios son libres y no corresponden a la ideología de nuestro periódico.

BELLA

Iaranda Barbosa

Cuánto extraño a Bella… Nosotras jugábamos el día entero y decíamos que éramos gemelas a las que habían separado, igual a las torres en donde vivíamos. Vamos, Bella, subamos a la azotea, veamos juntas el río, el manglar, el mar, el puente, el shopping, los pequeños edificios, las casitas cuadradas encima de esos pedazos de palo. Algunos dicen que son palafitos, ¡qué gracioso ese nombre! Y es que en nuestro juego eran como cuatro palitos pegados a una cajita de fósforo.

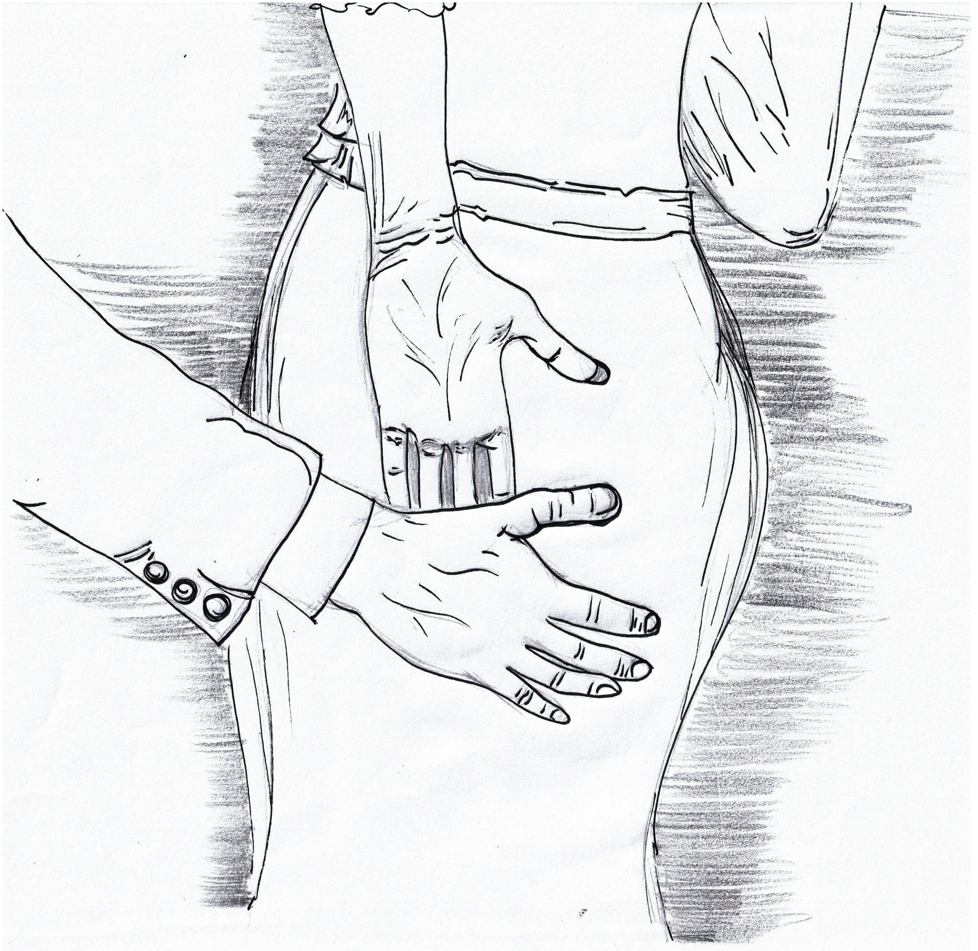
En los cuentos de hadas solo puede existir una princesa en cada torre, yo grité primero que era Rapunzel, porque mi mamá me hacía una trenza bien grande en el pelo. Bella siempre fue una princesa, porque así era como su papá la llamaba. Mi princesa. La princesa Bella no podía ser otra porque en su casa estaba la Bestia. Cuando su papá entraba en la habitación para darle un vaso de leche y contarle historias para dormir, los ojos de Bella temblaban, a ella le daba sueño y no sabía si era un sueño, una pesadilla o la realidad cuando la Bestia la tomaba en sus brazos para bailar. Pero le ardía cuando la Bestia le arreglaba el forro del vestido. Era un secreto. Bella me lo contó.

En la placita de juegos del condominio, mientras jugábamos en la hamaca, vi una mancha en la pierna de Bella. Moretón. Ella me dijo. Otra palabra graciosa. Ahora eran dos: palafito y moretón. Igual a delincuente. Así era como la mamá de Bella les decía a los niños del muelle de Santa

Rita. Igual a mentecato y pedante. Esas se las oí decir a mi mamá hablando con el papá de Bella, pero no sé qué quieren decir. Yo creo que debe ser alguien que miente y que nos pide algo. El moretón de Bella era otro secreto. La Bestia le dijo que no le podía contar a nadie. Pero ahí le apareció otro en la espalda y otro en el brazo y otro en la barriga y después yo no podía seguir yendo a la casa de Bella, ni ella a la mía. Estaba prohibido. Y nadie me dijo por qué. Solo que estaba prohibido. Pro-hi-bi-do, ¿entendiste? Solo pueden jugar en la placita conmigo o con la niñera. Y yo moví mi cabeza diciéndole que sí, con obediencia. Todo se había terminado. Nosotras no podíamos seguir viendo los palafitos ni el mar ni el río ni el manglar ni el puente ni el shopping ni los pequeños edificios solo por un moretón.

Bella llegó muy triste a la placita. Cuando yo le di un abrazo, ella estaba muy caliente. La agarré de la mano para ir a la hamaca o jugar en el sube y baja. Ella me dijo que no podía. Entonces vamos al tobogán. Yo voy primero y te espero allá abajo. Bajé a toda velocidad y esperé a mi amiga sentada en la arena. Bella subió y se paró en lo alto. Su pelo volando parecía que se iba a enganchar en las nubes, el azul del cielo se mezclaba con el azul de sus ojos. Ella me sonrió mostrando el agujero de su diente de leche. Debió haberlo colocado debajo de su almohada. Bella se sentó, se lanzó y cayó a mi lado con los ojos cerrados, dejando en el tobogán una mancha roja.

Ahora creo que Bella se convirtió en otra princesa. La Bella Durmiente. Porque ella estaba acostada, muy pálida, rodeada de flores, con un vestidito blanco. Quería que el príncipe llegara rápido, pero no llega. Ni él ni la Bestia ni el hada ni nadie que consiga despertar a mi amiga. No sé a dónde se llevaron a Bella. Creo que ella se fue a un reino encantado.



CARICIA

Rozy Albuquerque

Pubertad. Esta palabra viene como un monstruo desconocido, para niños y preadolescentes que desconocen los laberintos que tiene el cuerpo humano; más adelante, saber lo que esa palabra significa es como hacer un pacto con la naturaleza. Es como saber vivir entre los hermosos días de sol y los oscuros días de lluvia. Y para las niñas, con la preadolescencia llegan los dolores y las delicias del desarrollo del cuerpo… Como el crecimiento de los senos; guau, es como si esta fuera la mejor parte de crecer. Los senos se desarrollan, las tías dicen que te estás convirtiendo en una "mujer" y ya puedes usar sostén, las miradas de los pretendientes del colegio se vuelven hacia ti… ¡Pues bien! Nunca he tenido esta experiencia. De hecho, tal vez.

Yo tenía doce años y quería vivir todos estos momentos, cuando a la gente de tu edad le "brotan las hormonas" y te sentís espléndida con todo eso, anhelando saber al menos un poco de las libertades y beneficios que parecen tener los adolescentes y adultos. Ojalá supiera que no es como imaginamos que es. Desde hace algunos años, acostumbro a decir que mi cuerpo se detuvo a los quince años y no se desarrolló como yo esperaba y tenía en mente: el estereotipo común de que una mujer debe tener pechos grandes, un trasero respingón y un abdomen plano (bueno, al menos tengo la parte del abdomen plano). Pero, por razones genéticas, creo, no tengo ese cuerpo estereotipado. A pesar de eso, estoy feliz con el cuerpo que tengo. Pienso que cuando no podemos

tener lo que la naturaleza no nos puede dar en cuanto al cuerpo, lo que podemos hacer es aceptar y aprender a vivir con lo que somos. Lo cual, para mí, es suficiente... Tal vez como una cuestión de amor y aceptación en la construcción de lo que soy. De todos modos, volvamos a la Carolina de hace diez años.

Solía tener amistades mayores y menores que yo, y ver a todas esas chicas compartiendo entre sí las alegrías de desarrollarse en la pubertad me avergonzaba, dado que incluso las chicas más jóvenes que yo ya les estaban creciendo los senos y estaban menstruando y veían eso como un regalo que, finalmente, las haría "adultas"; mientras yo esperaba mi momento, que nunca parecía llegar. Finalmente, un día me di cuenta de que mis pezones ya se notaban, lo cual fue motivo de felicidad instantánea hasta cierto acontecimiento... Mi madre no vio la necesidad de que empezara a usar sostén de inmediato, porque yo era muy joven y usaba ropa holgada y porque mis senos aún no eran visibles en tamaño. Así que le seguí la corriente hasta lograr la proeza tan preciada para las chicas que querían pasar por el "ritual" de mostrar los tirantes del sostén y ser bien vistas por ello. En los pueblos chicos, los niños de mi edad son ingenuos y un poco obsesionados con querer crecer y conocer el momento en que se activan las hormonas, tal vez esto se deba a que sus cuerpos comienzan a desarrollarse, o porque viven entre hermanos mayores, primos y compañeros de escuela que transparentan o revelan los placeres de los deseos sexuales desde los quince años en adelante.

Es un hecho que los adultos también vuelven la mirada hacia el desarrollo hormonal de los preadolescentes, ya sea para orientación, por protección, celos o perversión. Y niños o adolescentes ingenuos e inocentes muchas veces no son conscientes de estas miradas. Eso es lo que me pasó. Un día

estaba viendo la televisión en mi casa cuando un vecino vino a buscar a mi padre. Alexsandro era un adulto de 25 años y tenía una forma pervertida de ser, pero aparentemente inofensiva; típico de los hombres que piensan que son los "ganadores" con las mujeres. Luego entró, habló con mi papá sobre algo y comenzó a mirarme lascivamente mientras mi papá se distraía con algún objeto que buscaba para darle. Al no poder encontrarlo, mi padre fue a buscarlo a otro lugar, sin darse cuenta de la situación que se presentaría. Entonces Alexsandro se acercó a mí…

—Guau, Carolina… Estás creciendo demasiado rápido, te estás convirtiendo en una señorita…

—¡Bueno, en unos días seré mayor que vos! — Afirmé, ingenua, con las miradas indecentes que recibía de él.

—¿Qué es eso que se nota debajo de esa blusa delgada que tenés? Guau, ¿tus senos ya están creciendo? Van a ser tan hermosos, ¿me dejás acariciarlos?

En ese momento, me alegré de que finalmente alguien se había dado cuenta de ello, hasta el punto en que no pude disimular y mi pezón fue rodeado por un toque no consentido, doloroso e invasivo...

—No se lo cuentes a nadie, ¡o puede pasar lo peor!

Y sucedió lo peor, no para el acosador. Me sentí manchada y corrompida y al mismo tiempo culpable por un acto abusivo, cometido tan rápido. Pero no lo vi así cuando tenía doce años... A esa edad, simplemente me sentí retraída, sin entender lo que significaba ese toque que invadía una parte de mí. Me pregunto si fui la única víctima de esta invasión abusiva. Me temo que no… Ya no me culpo por no poder reaccionar ante eso, yo era una niña inocente y en busca de conocer las libertades imaginarias antes mencionadas. Por

estos días, Alexsandro tiene problemas en sus relaciones, y nadie sabe si eso es el resultado de más caricias que pueden haber ido más allá de un cumplido pervertido.

ANGELIM AMARGOSO

Siomara Lucena

El rumor corrió por la escuela. Los adolescentes ya estaban entusiasmados con la posibilidad de que fuera uno de esos días en que saldríamos temprano de clases, a veces sin saber exactamente por qué. Las incertidumbres políticas de aquellos años 90 impregnaron también el ambiente de la escuela del nordeste, católica y acogedora, como era nuestra ciudad, a su manera.

La oportunidad de salir antes de lo habitual se sintió como un logro en sí mismo. Ver el cielo de media mañana, el paisaje rutinario con esa luminosidad inusual para nosotros, aportada por la diferente altura del sol, destilaba una sensación de conquista. Era como darle plenitud a la vida mientras se descubren nuevos matices del camino recorrido durante años en presencia de otros sonidos, olores y rostros. El tutor que dio la noticia de la inesperada libertad no tenía idea que nos presentaba tan ricas posibilidades para formar hermosos recuerdos.

Materializado el rumor, el encuentro con mi hermana y su mejor amiga en el patio comenzaba ya a algunos metros de distancia con miradas felices y bocas sonrientes. Ninguna de nosotras podía nombrar la euforia de ese momento, pero no teníamos que hacerlo. Sentir y nunca olvidar fue suficiente. Salimos rimbombantes del colegio comentando la suerte de aquella emocionante sorpresa.

El centro histórico parecía el escenario perfecto para las tres niñas salidas del colegio. Caminábamos despacio, a veces alejándonos unas de otras, como para sentir esa emancipación momentánea. Poca gente transitaba por la Plaza del Obispo, un espacio amplio y, en general, en nuestro horario habitual, con un gran volumen de personas con paso firme rumbo a sus incognoscibles destinos. También aprovechamos esta rareza de falta de gente para correr sin rumbo por la plaza, hablando cosas de chicas que poco sabían de la vida. Estábamos allí, despreocupadas como adolescentes de ciudad que aún no conocían a fondo la ferocidad de la violencia urbana.

Saliendo de la plaza, nos disponíamos a doblar a la izquierda por la calle al lado del Hospital Padre José. La estatua del anciano clérigo en su mecedora parecía vigilar nuestro alegre e intempestivo paso. Nuestra distracción hizo que una figura apareciera de repente en el paisaje. Ciertamente, la persona había estado allí durante algún tiempo, pero no nos dimos cuenta. En el fondo de nuestra perspectiva, un hombre negro fuerte, con aire de simpatía, estaba sentado en el cordón a la sombra de un árbol.

La posición en la que se encontraba causaba cierta extrañeza, ya que se trataba de un lugar público donde no se esperaba una parada de ómnibus. El hombre tenía las piernas abiertas en una especie de posición de loto rara y miraba hacia abajo mientras movía ambas manos, hacia adelante y hacia atrás, en un movimiento casi como el de un padre meciendo a un niño. Luego nos miró con una amplia sonrisa, su expresión no era compatible con el contexto.

Para mi profundo asombro, estaba meciendo un enorme trozo de madera de color marrón rojizo como un *angelim amargoso* que nunca había visto antes. En ese análisis de mi

asombro, realizado en pocos segundos, busqué referencias, pero no las encontré. Busqué razones.

¿Estaría loco aquel hombre por estar sentado así, a mitad de la mañana, sudando, con un trozo de madera entre las piernas? Su aire de alegría y satisfacción, mostrando sus dientes blancos y amplia sonrisa hacia nosotras, parecía incoherente con su figura llena de extrañeza.

En un instante, esa imagen cambió y todas las explicaciones llegaron en un shock que nos golpeó a las tres al mismo tiempo. El trío inexperto se miraba con la seguridad de quienes conviven hace mucho y se entienden con la mirada. En ese momento, estábamos seguras de que ese pedazo de *angelim* rojo era parte del cuerpo del hombre fuerte y feliz que allí se presentaba. Nos dimos cuenta de que, en lenguaje elaborado hoy, ese sudor en su cuerpo era la transpiración del placer, que la sonrisa en su enorme boca era el resultado del goce sexual de un adulto en éxtasis.

Para las niñas que éramos, el hombre realizó un acto sucio y criminal, hizo las infames "chanchadas" condenadas por todas las normas que nos eran conocidas, aunque no supiéramos decir por qué. Corrimos. Calladas, solo corríamos sin saber cuándo pararíamos. Mientras salían del casco histórico, las piernas de las niñas daban zancadas en los adoquines de la ciudad.

Huimos, doblando esquinas, produciendo ventoleras y chocando con la gente hasta que, tres cuadras después, apareció un policía. Todas corrimos hacia él. La duda sobre si contar; ¿qué contar? ¿Cómo contar? ¿Cómo pedir ayuda? ¿Sería capaz de brindarla? ¿Estaría dispuesto a hacerlo? Estas dudas también surgieron en pensamientos rápidos, hasta que aquel uniformado preguntó: ¿Qué pasó? Nos miramos las tres.

FUE EL BOTO

Marta Lúcia Silva de Melo

De repente me encontré sola. No sabía lo que era vivir con la soledad hasta que quedé embarazada y me echaron de casa. Durante casi ocho años estuve siempre en compañía de mis hermanos, padre, madre, amigos y del tío Aldo, hermano de mi padre, que me colmaba de atenciones. Desde los seis años, mi madre solía acostarme a dormir en la misma cama con él por falta de espacio en la casa.

Recuerdo los juegos nocturnos, la magia... Era un juego, pero yo sentía que algo estaba mal, no sé lo qué... La magia era así:

—¿Sabías que mi dedo puede ponerse duro y blando?

—¿Como así?

—¿Está blando? —Tomó mi mano y la metió dentro de sus calzoncillos.

—Está.

—Andá tocándolo. ¿Y ahora?

—Ahora está duro.

—Esa es la magia. Ya que lo lograste, vas a recibir un regalo, pero no le digas a nadie, es nuestro secreto, de lo contrario la magia se termina.

Esto se repetía todas las noches y al amanecer me decía que no le dijera a nadie porque me traería el regalo.

Al anochecer llegaba con caramelos para todos y para mí,

además de los caramelos, traía dulces de maní. Me encantaban los dulces de maní…

Después de un tiempo, la magia solo ocurría si yo besara su dedo, si lo pusiera en mi boca, como chupete. Yo sabía que no era el dedo, nunca lo fue.

Me abrazaba y decía palabras extrañas. Yo me sentía sucia y lloraba... Prometió no repetirlo, sin embargo, esto sucedió por un largo tiempo. Me volví seria, triste, no me gustaba jugar, ir a la escuela, bañarme en el río, ni ir a misa en la capilla.

Un día decidí decirle a mi mamá que ya no quería acostarme con el tío Aldo. Ella casi me pega.

—¡No seas ingrata! Él es tan bueno contigo, con tus hermanos, y ayuda con los gastos aquí en casa. Deberías estar agradecida de tener un hombre así.

Esas palabras resonaron en mi mente, comencé a sentirme culpable por las dificultades económicas que estaba pasando mi familia, ahora solo tenía que seguir acostándome con él.

Aunque sabía que era una niña, también sabía que era diferente a las demás. Así que me negaba a jugar con ellas. La gente pensaba que yo era extraña, rara... Y en verdad yo era muy rara, a los ocho años ya “tenía un hombre”.

El proceso fue lento, pero noche tras noche aprendí a vivir con los toques, las palabras y la obligación de satisfacerlo con mi boca... Me tomó un tiempo entender, pero solo me restaba dejar que todo pasara y no contárselo a nadie. Al fin y al cabo, ni siquiera mi madre quería oírme.

Pasaba mucho tiempo en silencio, pensando en lo que estaba ocurriendo.

Una noche sucedió algo diferente, me mostró una revista con parejas teniendo sexo. La fue mostrando. Ellos son novios, ahora vos sos mi novia. Y empezó a acariciar mis senos, que estaban creciendo, a acariciar mi vulva, a besar mi boca y, lo

confieso, sentí algo que me gustó. La culpa continuó, el asco de mí misma solo aumentó. Dejé la escuela para siempre y comencé a cuidar de su ropa, de su baño y a preparar la cena.

Sin alegría pasaban los días. Cumplí mi suerte, mi destino... Me estaba acostumbrando cuando comencé a vomitar todas las mañanas, sentía mareos. Mi madre me dio un té de hierbas, pero no funcionó.

Poco a poco mi cuerpo cambió. Mi tío ya no quería dormir conmigo, dijo que había crecido, la cama era demasiado estrecha para los dos, así que comencé a dormir en una esterilla.

Una madrugada escuché a mis padres discutiendo:

—Tiene panza, mejor que se vaya a la ciudad, antes de que le crezca la panza.

Así fue como supe que estaba esperando un bebé. Lloré mucho, el dolor se apoderó de mí. Sollozaba de dolor, de soledad.

Clareó el día, mi tío se levantó y se fue a trabajar.

Fui a la cocina, mi madre dijo que iba a viajar a la ciudad y conseguir un trabajo en la casa de su comadre. Sin muchas preguntas, hice mi bolso y me fui.

Después de algunos días, escuché a la comadre Doñita hablar con su vecina:

—La niña vino embarazada.

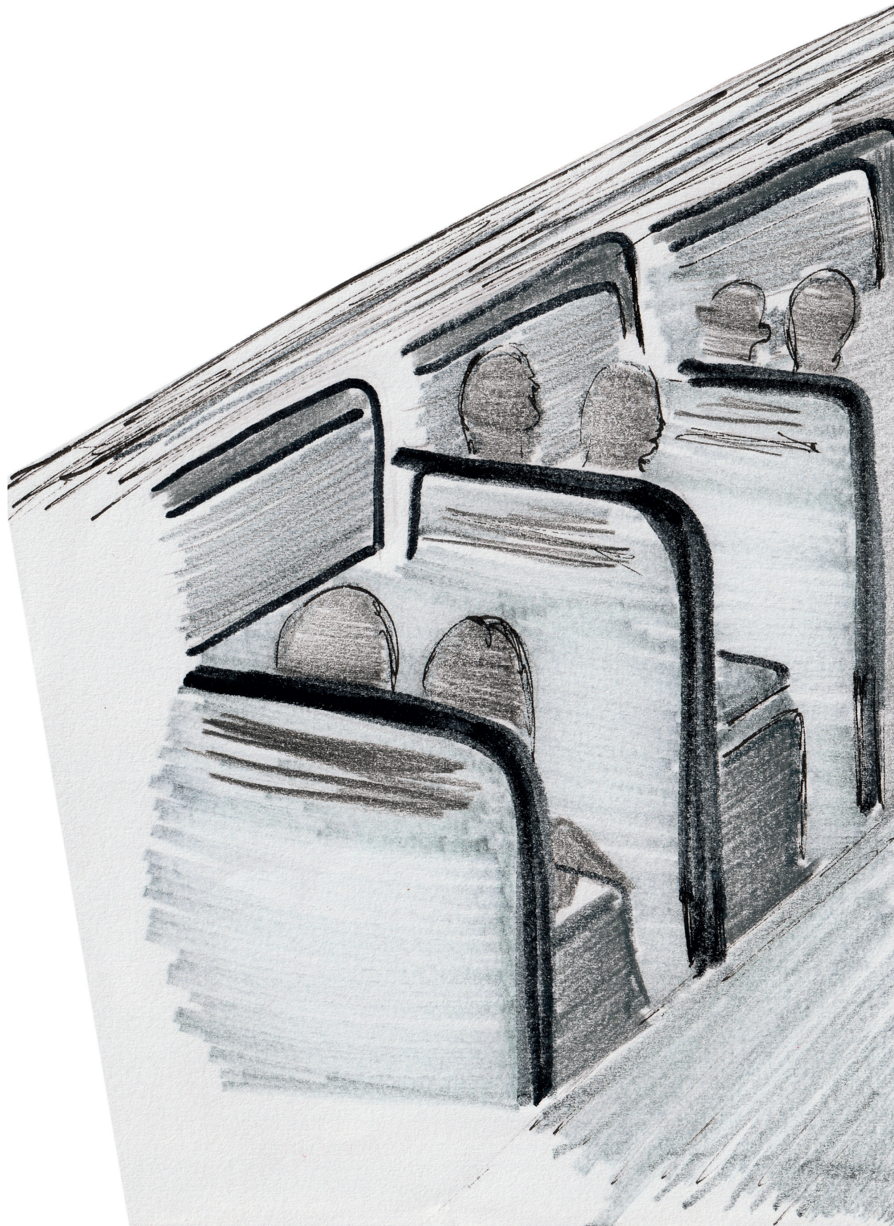
—¿Quién la dejó embarazada?

—Fue el Boto.[1]

1. Leyenda del folclore amazónico brasileño en la cual el pez boto por las noches sale del río transformado en un hombre muy bonito que seduce a las mujeres y las embaraza, para luego abandonarlas y volver al río, donde regresa a su forma animal, dejando así hijos sin padre.

Me quedé en esa casa, trabajando hasta que di a luz. Nunca vi al niño, me lo quitaron.

Pasó un año y medio, llegué a casa de mis padres y mi tío estaba durmiendo con mi hermana menor. Ella tenía seis años.





TRAMA

Veruscka de Albuquerque Gromann

Sabemos, cuando nacemos con útero, que debemos guardar silencio sobre muchas cosas. También, cómo es vivir en un cuerpo que solo es mitad nuestro. Pero no es que lo sepamos porque nos dijeron o porque al nacer leímos las reglas de vida. No. Lo sabemos en nuestra carne, en todas nuestras células, como un hilo cosido entre las hélices de nuestro ADN, de la madeja de las vivencias de nuestras ancestrales, una maldición epigenética del sistema patriarcal. Este hilo invisible nos conecta a todas. Siempre habrá alguien con más autoridad para disponer de nuestros cuerpos que nosotras mismas. Para las decisiones: el padre, el sacerdote, el pastor, el maestro; para la salud: el médico; para la apariencia: la industria de la belleza; para el embarazo: el bebé; para el placer: los hombres; para la felicidad: el complacer a los demás; para la seguridad, el claustro; para la libertad, otro mundo. De ahí el: «La mujer realmente sufre, ¿no?» Señal para: ¡Mujeres de todo el mundo, únanse!

La mirada de Tina transitaba entre ese camino muy familiar y la cara de la conductora. Había hoy una intrigante serenidad en el rostro de la madre. «El agua tranquila corre profunda», dicen. El río que la flanquea está sereno, lleno en esta época de lluvias. Los lapachos florecen en un amarillo intenso, obscena belleza que enmarca el camino. Su largo cabello ondulado semiplateado ondeando al viento y las marcas del tiempo en su rostro la embellecían. Ese día Valquiria se

veía mucho más hermosa, incluso sensual, relajada. Insistió en abrir la ventana y sentir el fragante aire primaveral. La puesta de sol brillaba dorada en las aguas de sus ojos, mientras los baches y obstáculos en el camino recordaban los golpes de esa vida, de la historia que compartían madre e hija.

Todavía puedo recordar cómo era ser feliz antes. Antes de ese día. Antes de mis dieciséis. Detrás del volante, mamá me miró con ternura, pero por alguna razón me di vuelta. La pena amenazaba con robar la luz del día, se acercaba la noche y ella conducía tranquila y en silencio. ¿Por qué ella fue tan cobarde? Ese día solo fui soledad, mi hermano fue el único que me defendió, mi padre, que ya había sido mi héroe, un monstruo.

Cuando Tina me dijo en secreto que estaba embarazada, no quise oír nada más. Yo, que era solo un año y medio mayor que mi hermana, me sentí en una posición de autoridad y le di un verdadero sermón, porque para mí, hasta ese momento, una mujer que se embarazaba sin casarse era una puta. Una decepción para la familia. Más aún a los dieciséis. ¿Entonces ya estaba cogiendo con cualquiera? ¡Ay, si pudiera volver atrás en el tiempo! Cerraría la boca y escucharía tus sollozos. Miraría mejor a la persona que más amaba hasta ese momento y vería que todo su cuerpo temblaba. Estaba asustada, desesperada, perdida, sola y yo era la única persona en la que confiaba. Puta o no, ella seguía siendo mi hermana. Si tan solo supiera que a partir de este día ella nunca más sería la misma persona juguetona y alegre que iluminaba todo a su alrededor. Inteligente, culta, estudiosa, cariñosa y justa con los demás, nadie era indiferente a su presencia, dondequiera que estuviera, allí todos querían estar. La vida se iluminaba a su paso. Si yo supiera que toda esta luz se desvanecería a partir de ese día, haría todo diferente. Para empezar, le diría que ella tenía mi amor, que ella era valiosa para mí y que no

estaba sola, equivocada o no. Pero no puedo volver atrás, solo puedo intentar perdonarme porque no era adulto en ese momento. Imité a los adultos que me rodeaban. Y nuestros padres tenían una tradición cristiana muy fuerte. Ni se me ocurría contarles. Avergonzaría a nuestra familia ante Dios, ante toda nuestra comunidad. Pero no contarles no era una opción. Tina casi muere ese día. Y yo me enfrenté a mi padre y le dije adiós a la adolescencia. Era tarde en la noche, llamó a mi cuarto, pálida, con una mirada distante, aterradora. Le tomé la mano y estaba muy fría, aunque tenía gotas de sudor en la frente. No pudo dar un paso más y cuando la sostuve noté la sangre que empapaba la toalla en la que se había envuelto. La acosté en la cama y corrí al dormitorio a llamar a mi madre tratando de no hacer ruido para que mi padre no despertara. Había estado bebiendo como siempre y estaba roncando, así que fue fácil. Le advertí a mi mamá en voz baja que tenía que venir a mi cuarto a ver a Tina.

En mitad de aquella noche, cuando Jorge me llamó en la habitación susurrando con una respiración muy agitada, me congelé. En la cama, Tina pálida sobre una gran mancha de sangre.

Valquiria se zambulló en la piscina roja y rememoró toda la vida de su hija desde su útero. Recordó cuando por segunda vez se sintió capaz de una hazaña extraordinaria: una persona que se movía con fuerza en su vientre. De todo el esfuerzo solitario del parto, de esa sala muy iluminada y fría del hospital, de la gente que iba y venía, médicos y estudiantes que examinaron repetidas veces íntimamente, incómodamente, sin preguntarle nunca su nombre, «mamá», o pedirle permiso para invadir su cuerpo, su mayor intimidad. Sin embargo, allí, sin una palabra de consuelo, sintiéndose casi un objeto, como si no fuera su propia fuerza vital la que traía al mundo a su hija, sintió a un grito viajar desde sus

entrañas y ensordecer de vida a aquel lugar estéril. Todo lo demás se volvió secundario, ¡en ese momento se enamoró! Ese día se formó una complicidad para siempre entre las dos. Había sido la primera gran aventura de madre e hija, y ellas fueron las únicas vencedoras, aunque nadie lo reconoció. A pesar de que su cuerpo y su alma tenían horribles cicatrices por un trato descuidado, la belleza de lo que habían hecho juntas era más grande que cualquier otra cosa. Mientras una mujer viva, recordará cómo fue tratada durante el parto de sus hijos.

De aquí en adelante, todo se mezcla en mi mente de madre: profesor, aventón, ella pensó que solo era un beso en el auto, embarazo, así no fue como te enseñé, tu padre no me va a perdonar, internet, aguja de tejer, sola, miedo al padre, sangre, mucha sangre, desmayo, ¿hospital? Todos sabrán, desmayo, nadie encuentra las llaves del auto, solo el padre sabe dónde están, ella se desmayó, ya no despierta, despertalo, se pudrió todo.

Tina siempre fue una excelente estudiante, muy interesada, se quedaba a aclarar dudas después de la clase. El profesor era joven, rondaba los 23 años, inteligente, respetado en la ciudad, congregaba en la misma iglesia que la familia de ella. Dos meses antes de esa noche, después de la sesión de preguntas de rutina al final de la clase, él se ofreció a llevarla, una amabilidad, pues se hacía tarde. Ella le dio las gracias al principio, pero él insistió. No había nada de malo. Sería de mala educación negarse, Tina prefería ser cortés. Aceptó.

¿Qué sabía yo, una adolescente pueblerina de dieciséis años, sobre abuso sexual? Solo la escena clásica: una calle oscura, caminando sola, con un vestido corto, un hombre desconocido, un bandido, no, un desequilibrado mental, un loco, mejor dicho, un pervertido, agarra a la mujer con

violencia física, ella intenta huir, la domina, la golpea, con fuerza, invade, penetra, hiere, mata. De una forma u otra, mata. Nadie me enseñó que podría ser un hombre de bien, un amigo, un maestro. Que la violencia no sea física y que el dominio sea por las palabras convincentes y certeras, por la asimetría del poder, por la madurez. Por sentirme halagada de haber sido elegida por un hombre tan bueno, me culpé. Por aceptar el beso, me odié. Por decir que no, tímidamente, sin alzar la voz, como me enseñaron, porque no corrí, peleé y porque no me di cuenta cuando el beso se convirtió en caricias, sentí asco de mí. Yo solo sabía lo que era el sexo a través de los libros, películas e internet, no en la vida real, me confundía aquella secuencia, pero él era una persona tan responsable, mis padres confiaban en él, no me haría nada malo, nada incorrecto. Me cohibí, me dio vergüenza rechazarlo y salir del auto. Me quedé. Inmóvil, pasiva, educada, tenés que ser amable. Es feo hablar en voz alta. Cuando el dolor consumió mi destino y finalmente comprendí todo, pensé que era una puta, una zorra, una fácil. Entré en casa, muda, ¿cómo iba a contarle a alguien? Quién iba a creer en la violación si yo no tenía un ojo morado. Una mujer tiene que estar muy lastimada, golpeada, con el ojo hinchado, sangrando, casi muerta, para que tal vez alguien la apoye y, aun así, dirán que fue su culpa.

A todos les pareció extraño que Tina estuviera tan callada estos últimos dos meses. Sus notas bajaron, no quería ir a la escuela. Solo estoy cansada, dijo. Dos meses después, al darse cuenta de la falta de menstruación, se armó de valor, compró una prueba de embarazo, pis en el palito de plástico, dos rayitas. Solo había otra persona que sabía lo que había sucedido, y ella, perdida y avergonzada, presa del pánico, fue a hablar con él. Fue una tontería, dijo el profesor, un franeleo, así que no es posible. Será un escándalo. Tengo novia,

ni lo sueñes. En internet debe haber alguna forma de que te lo saques. Lo sé, lo sé, el pastor lo desaprobaría, Dios, pero ahora, así, VOS tenés que arreglar esto.

Ese mismo día, enfurecida, Tina se clavó una aguja de tejer, violó su propia vagina y fue a lo más profundo de su vientre, a la fuente misma de lo que nos hace mujeres. De ahí proviene toda la vida humana. Para herir su alma pecadora, rasgó la boca de su útero, la matriz y lloró. Ella no lo sabía, pero las lágrimas de la matriz son de sangre. Estaban goteando en el piso blanco del baño.

Plic, me lo merezco, plic plic, no valgo nada, plic plic plic y plic, no merezco el amor de mis padres, de mi hermano ni el del profesor. No puedo ser padre ahora, no estoy listo, dijo él, que tiene veintitrés años, ¿y yo que solo tengo dieciséis? Plic, plic, plic, plic, ni Jesús me salvaría de las piedras que me van a tirar, lastimé hasta a mi hermano, la persona que más amo en este mundo. De repente ya no hubo más gotas: cascada, diluvio. Quizás no merezco vivir, morir sería un alivio y casi lo logro. Desperté en la cama de Jorge, la visión borrosa, con el ruido de la discusión. Un grito, el llanto de mi madre, había recibido un golpe en la cara por mi culpa y se quedó en silencio, como siempre. Mi padre, borracho, gritaba que ya no era su hija, que ella tenía la culpa por dejarme demasiado libre, por darme demasiada autonomía. Él la empujó. Uní fuerzas y me levanté para defenderla, la culpa era toda mía. Mi padre, quien una vez me llamó su princesa, me lanzó una mirada que logró combinar desprecio y furia y, acercándose con un PUTA BARATA, me golpeó en la nariz, escuché el sonido de huesos crujiendo y luego un forcejeo, mi hermano se había enfrentado a él por mí. A la mañana siguiente, sangre goteando en mi vena y mi nariz rota, en una habitación de hospital muy blanca. No iba a ser madre, ya ni siquiera iba a ser yo misma, pero sobreviví.

Esos fueron los dos años más duros de mi vida, hija. Lo aguanté todo de él en nombre del matrimonio y la familia, pero verte apagarte, dejar de estudiar... Siempre he estado muy orgullosa de ti, te amo, eres brillante y no es tu culpa. Es mía, por no tener el coraje de luchar por ti, siendo una mujer adulta, la única allí que entendía lo que estabas sintiendo. No eras la primera, ya había ocurrido un romance con una hermana de la iglesia. Adulta. Confieso que yo también la juzgué en la época. Por favor, perdoname.

Lo sé, mamá. Yo te perdono.

Las mujeres estamos todas conectadas, como en un tejido hecho a mano, el dolor de una es el dolor de otra, siempre. Existe un hilo corrido que ha venido distorsionando todo el entramado del tejido. Por eso nos enseñan a callar. Si alzáramos la voz unas por otras... somos la mitad de la población del mundo. Cambiaríamos la trama de la historia.

Las luces de los autos que pasaban iluminaban de vez en cuando el rostro de Valquiria. Su rostro era expresivo, era puro amor, sin ninguna tristeza, disipado todo el dolor. No estaba en sus manos devolverle la felicidad a su hija como en la tierna infancia, soplar una herida, acunar el llanto. Un camión venía rápido en la distancia en la dirección opuesta.

Es que una mujer sufre… Mi madre me tendió la mano y yo la apreté fuerte.

Ya no. Aceleró y cambió de carril justo enfrente del camión. Nos miramos y sonreímos. Libertad.

INOCENCIA VIOLADA

Sephora Christt

María perdió a su madre a una edad temprana, pero a pesar de ello era una niña amable y alegre. Un día estaban todos reunidos en casa cuando recibieron la visita de unos parientes lejanos que hacía tiempo no los veían, la tía Carmen y su marido, Manuel. Pasaron un día feliz, recordando viejos tiempos y, al caer la tarde, cuando estaban por regresar al lugar donde vivían, pidieron permiso para llevársela con ellos.

La niña se puso feliz con la noticia, pues le encantaba caminar por el campo y se ilusionó con la aventura. Manuel era una persona muy querida por todos y considerado un hombre serio. Pero por la noche, cuando María se fue a dormir sola a su cuarto, recibió su inesperada visita. Le empezó a tocar el cuerpo y sus manos recorrieron sus partes íntimas. La niña de seis años estaba aterrorizada. En ese momento se sintió como dentro de una pesadilla. Entró en pánico y comenzó a llamar a gritos por su tía, pero cuando esta llegó a la habitación, él ya se había ido rápidamente. Carmen preguntó qué le había pasado y ella no pudo decirlo. Dijo extrañar mucho su casa y que le daba miedo dormir sola, ya que no estaba acostumbrada a ausentarse de su hogar. El deseo era salir pronto de ese lugar, porque solo así se salvaría del monstruo. Así que la tía cumplió con el pedido y temprano por la mañana la llevó de regreso a su casa.

María pasó muchos días sin dormir, atormentada por lo sucedido. No era fácil para una niña pasar por todo ese

acoso sin que despertara en ella un sentimiento de miedo y una sensación de terror. Pasó el tiempo y parecía que el trauma de la infancia había sido superado.

Cuando adolescente, tuvo que mudarse a otra ciudad y se fue a vivir a un internado dirigido por una congregación religiosa. Finalmente se sentía protegida y feliz, viviendo en paz sin nadie que la molestara. En esta nueva ciudad había un policía llamado Lima, que era muy conocido y que tenía una relación con Elsa, la hermana mayor de María. No estaban casados, pero tenían hijos.

Dado el vínculo familiar, él entabló amistad con las monjas del internado, y un buen día decidió presentarse allí pidiendo permiso para llevarla al circo. Tenía diecisiete años y estaba feliz con la invitación, después de todo, el circo le brindaría momentos de gran alegría. Las religiosas, que lo conocían desde hacía mucho tiempo, le permitieron que fuese.

María no imaginó que en unos instantes después volverían los recuerdos de aquella maldita noche que sufrió cuando niña. Se subieron al auto y, mientras se dirigían al circo, Lima comenzó a importunarla con una charla sobre sexo. Insistió en que ella no era virgen y que podía probar hacerlo con él. El pánico se apoderó de ella y durante todo el camino experimentó una presión psicológica. Se sintió como una eternidad llegar al circo esa noche y, aunque él no trató de tocarla, ella sintió algo de alivio cuando el auto se detuvo frente a las brillantes luces. Pero ahora era demasiado tarde para su corazón, toda la alegría y la expectativa de ver el espectáculo había desaparecido, ya nada era gracioso ni hermoso.

Fueron horas tensas de tortura emocional, él no dejaba de hablar todo el tiempo de que era una oportunidad para que ella demostrara que aún era virgen... Ella temblaba y su corazón latía a mil por hora, su respiración jadeante,

ansiosa, creía que en cualquier movimiento podría agarrarla sin permiso, ¡a la fuerza! El espectáculo pasó desapercibido bajo su mirada triste y tensa. Quería salir de allí y volver al internado.

Sintiendo una profunda angustia, María comenzó a rezar mentalmente para que todos los santos la protegieran y, como una bendición, él no volvió a insistir para que se rindiera a sus caprichos. Se quedaron en silencio durante el camino de regreso, pero él expresaba una mirada de enojo, tratando de convencerla de que ella tenía la culpa de que la noche fuera un fracaso... Después de eso, ya no pudieron mirarse más.

Cuando llegó al internado, era toda llanto. Recogida en su habitación, lloró todo lo que pudo. Lloró... lloró... Se le partió el alma... Una de las novicias, Sor Alba, que tenía casi su misma edad, vino a verla para saber cómo había sido el espectáculo, si le había gustado y si se había divertido, pero la encontró llorando, arrepintiéndose de su vida y sintiéndose la persona más infeliz del mundo. La novicia no entendía lo que estaba pasando y, una vez más, María no se sintió cómoda para desahogarse sobre lo que había sucedido. No tuvo el coraje de compartir su sufrimiento con nadie más. No sabía si podía confiar en alguien.

Días después, María recibió la visita de Elsa, quien no estaba muy contenta de verla y solo quería explicaciones sobre la visita de Lima. La hermana de sangre quería saber por qué había maltratado a su compañero después de que él la llevó a dar un paseo. María, que esperaba apoyo y consuelo, se entristeció por la actitud de su hermana. No le preguntó cómo estaba, si necesitaba algo, solo quería saber qué le pasó a su cuñado. Ante las acusaciones, comenzó a llorar y prefirió guardar silencio. Dijo que nada había pasado. ¿Cómo era posible que pensara mal de ella?

Cuando estuvo sola, pensó en que nunca tuvo el apoyo ni la comprensión de su familia. Su propia hermana prefería defender un mal carácter antes que preocuparse por ella o sus sentimientos. Se imaginó cómo habría sido si hubiera informado de las intenciones de Lima. La llamarían mentirosa y le creerían al sinvergüenza... Otra vez se calló. Permaneció aislada y oprimida durante horas en su habitación. Pensaba en todo lo que había pasado en su vida hasta que la novicia Alba interrumpió sus pensamientos. ¿Por qué estás tan triste y siempre llorando? ¿No fue agradable la visita de tu hermana? María permaneció en silencio y la novicia insistió: ¿ocurrió algo? Con los ojos llenos de lágrimas, solo supo decir: ¡vine al mundo sólo para sufrir... para ser infeliz!

Pasaron los años. A pesar de todo este sufrimiento, María creció y se convirtió en una persona fuerte y con sueños, sabía lo que quería y luchó por días mejores... Violaron su infancia, pero no pudieron violar su juventud.

¡DE ENTRE LOS PEDAZOS, SE RECONSTRUYÓ!

Karina de Oliveira Azevedo

La evidencia de la violación conyugal es difícil de identificar, ya que su práctica se mantiene por el silenciamiento de la víctima y, sobre todo, por la deuda matrimonial.

Mary Del Priore, en: *Historias Íntimas*: *Sexualidad y Erotismo en la Historia de Brasil*

Era una tarde lluviosa, se sentó y encendió la televisión, buscó un programa para pasar el tiempo. Se encontró con una noticia en el informativo y se quedó allí, inmóvil. Le sobrevino un torbellino de pensamientos y emociones. No demoró mucho para que las lágrimas cayeran.

En el panorama televisivo, otro caso de violencia contra la mujer. El gatillo había sido apretado, Laura recordaba escenas de su primer matrimonio...

Una tarde llegó de la universidad y Pedro estaba parado en la puerta del departamento. Dijo que vino a ver cómo ella se estaba comportando. Entraron. Fue arrastrada por los pelos, golpeada, amenazada con un cuchillo en su garganta y obligada a tener sexo. Ella se desesperó y trató de soltarse de sus brazos, pero no tenía fuerzas. Él era más fuerte y estaba armado.

Corrió al baño, abrió la ducha para lavarse, pero la suciedad no estaba en el cuerpo, sino fijada en el alma. ¿Se bañaba con el agua que caía de la ducha o con sus propias lágrimas? Por primera vez sintió como si varios hombres la hubieran utilizado en una noche. No importaba cuánto se lavaba, la suciedad seguía allí. Descubrió que dejó de amarlo, en ese horrible acto comprendió que ya no había ni un mísero sentimiento hacia Pedro.

Él se duchó y se fue. Volvió horas después. ¡Borracho!

Empezó a empacar, se iría, sabía que vivir con Pedro era insostenible, él estaba irreconocible. Iba a divorciarse, pero se sorprendió. Él lloraba y suplicaba perdón, imploraba, arrodillado, decía que cambiaría y que, si ella no lo aceptaba, se suicidaría. Ella deseaba irse.

Pedro fingía muy bien, sin embargo, esa vez se sinceró, dijo que buscaría terapia y que serían felices. Pidió otra oportunidad, luego se disculpó por lo que había hecho, dijo que esa sería la última vez.

Laura, con miedo, estuvo de acuerdo, pero algo había cambiado.

Pedro no cambió, siguió bebiendo, y Laura era infeliz, había sufrido demasiadas humillaciones, a todo instante le pedía a Dios el momento adecuado para irse. Él, a cada rato, amenazaba con matarla.

Pensaba incesantemente un futuro en el que Pedro no existía. Sufría intensamente, vivía angustiada, triste, ya no tenía paz, el final era inevitable, pero no imaginaba que sería tan doloroso.

Vio a Pedro besando a otra mujer. La invadió una llama de furia y dolor. ¿Por qué Pedro hizo esto? ¿Por qué la arro-

jó al fondo del pozo? ¿Quién era realmente? O la pregunta correcta sería: ¿Qué hizo con su vida?

Nietzsche decía que era necesario tener caos dentro de uno para que pudiéramos dar a luz a una estrella titilante.

Laura recordaba todos los malos ratos que le había hecho pasar Pedro, cada lágrima la fortalecía. Se decidió. No daría más oportunidades ni escucharía más promesas.

Le pidió que se fuera, sin darle lugar a discusiones. No estaba dispuesta a escucharlo.

Pedro la miró, recogió sus cosas y se fue. Abandonada, traicionada, vacía... ¡Qué noche! Trató de entender, pero no había lugar para la comprensión, solo para el rencor. Recordó la canción que él le había cantado una vez: te amaré de enero a enero, hasta el fin del mundo… eran promesas de amor que nunca se cumplieron.

Al principio todo fue perfecto, él siempre la trataba con cariño, le enviaba flores... se puso muy celoso, posesivo y su máscara empezó a caer. En ese momento le vinieron a la mente las palabras del francés Albert Camus, quien decía que cuando las personas se entregan a la pasión es porque se parecen, por fuera totalmente íntegras, ya sea física o psicológicamente, pero por dentro en completa dispersión y confusión. Esto se llama alucinación por el otro. Nos enamoramos de lo que vemos y sentimos y olvidamos la racionalidad, la que nos demostrará que esa persona no es nada de eso, pero no es su culpa, es nuestra, que la idealizamos de esa manera.

Laura entendió que había idealizado a Pedro. Que sufría de carencia afectiva y se aferró a él, pero ese descubrimiento fue aún más doloroso y se culpó a sí misma por no darse cuenta antes.

No fue fácil salir a flote, algunas preguntas la atormentaban insistentemente. ¿Se merecía todo eso? La decisión de separarse no se dio de la noche a la mañana, había ido coleccionando dolores a lo largo de los años. Quería encontrar a alguien con quien poder caminar lado a lado, compartir, sentirse querida, deseada, libre, completa y tener una relación sin cancelaciones, una relación real, ya que con Pedro solo hubo migajas.

Nadie conoce a fondo a nadie. No sabemos lo que el otro es capaz de hacer hasta que lo hace. Una relación solo dura si ambos tienen reciprocidad, de nada sirve amar sola. Toda relación es de a dos, cuando uno solo es el que está deseando, queriendo y haciendo, ya no es una relación, se ha vuelto un vacío.

Tuvo que intentar, de entre los pedazos, reconstruirse a sí misma.


respeito
empoderamento
Justiça
liberdade
paz
Amor
Abuso
medo
preconceito
trauma
nojo
culpa
tristeza
pavor
Maria Cardoso

NO ME CALLO

Amira Rose Medeiros

Porque tiene derecho al grito. Entonces yo grito.
Grito puro que no pide limosna.

Clarice Lispector

Quizá la mujer que una vez la habitó hace cuarenta años tuviera miedo de hablar de estas cosas. Era una niña tonta, reprimida, castrada. Perdida en un mundo machista, entrenada para ser machista también. Obviamente, la culpa siempre es del sexo frágil. Pero a la mujer que hoy rompe los límites del cuerpo de Betty eso ya no le importa.

Quería hablar con Mari y contarle lo que había pasado. Hacer la terapia diaria. Si va a ser profundo, porque este es un tema profundo, sería bueno tener una charla acompañada de algo para picar y tomar. Pero en ese momento solo quería contárselo a su amiga. Sí, era relevante hablar. Sacar esa conversación guardada bajo siete llaves en un baúl durante muchos años. Podría empezar por el principio, por los años en los que se sentía responsable y se reprimió para no aumentar su sentimiento de culpa. Sin embargo, fue más agradable hacer una línea de tiempo inversa, comenzando por la parte más ligera, por ayer.

Se encontraron en el quiosco frente a la playa a última hora de la tarde. Compraron sus bebidas y fueron caminando descalzas por la arena. Mari, quería contarte algo. Ayer vi a un hombre mostrando la pija en medio de la calle. Hacía

mucho que eso no me pasaba y, sorprendentemente, fue muy liberador. Casi gracioso, ¿sabés? ¿Cómo fue eso, Betty? ¿Dónde estabas? Tuve que parar el auto para hacer una llamada y entré al estacionamiento de aquel salón de fiestas. Sé dónde está, en aquella calle ancha. Sí, en esa, para no detenerme en la calle. Su camión se detuvo justo delante de donde yo estaba. Se bajó de la cabina por el lado del pasajero y sin miramientos sacó la pija. Era grande, por eso la vi de lejos.

¿Y qué hizo? Orinó. Pero la tenía dura. No sé qué hizo antes. Ah, ¿entonces fue solo eso? ¿Solo orinó? ¿Vas a defenderlo, Mari? ¿Estás diciendo que no pasa nada si solo orina? No lo estoy defendiendo, pero es muy común. Puede ser común, pero no está bien. Y para colmo, exageró a propósito, aprovechó para lucirse. No tenía por qué girarse hacia mí y sacudir esa pija enorme.

Pero también, allí es un lugar raro, ¿no, Betty? No es una zona residencial. Decidiste estacionarte justo allí. ¿Entonces ahora creés que es mi culpa y que eso le dio derecho a presumir? No, no es que sea un derecho. Pero esa es la ventaja que tienen los hombres, pueden mear donde quieran, sin demasiados lujos. Y si la suya era grande, entonces pensó que no tenía motivos para ocultarla. Es una de esas personas a las que les gusta presumir pensando que es bonito. No bromees, Mari. Si esto se pone de moda... El problema es dónde, cómo y a quién mostrársela. Cierto, Betty. Pero fue divertido, sabes, Mari. Hoy ya puedo hablar de eso. En ese momento me quedé seria, pero por dentro me estaba riendo de ese imbécil. ¡Hay que soportar a cada personaje, te digo! Pero me quedé tranquila, creo que ya superé mi infancia. Pero te quería decir que terminé rescatando de la memoria cuando éramos niñas y nos pasaba esto, ¿te acordás?

Ah, si me acordaré. Era una tortura ir a la escuela, ir a la feria. Me aterraba pasar por ese terreno baldío cerca de la casa de Edna para ir a la feria. En la época de la escuela, si tardaba demasiado y me iba sin mis compañeros, era una fija. Siempre había un tipo ordinario queriendo mostrarla a las chicas. Solo o en grupo. ¡Aquellos piropos idiotas! Éramos tan tontas, ¿verdad, Mari? Lo éramos. Pero no había muchas opciones. ¿Con quién iba a hablar? Si mi padre se hubiera enterado, me habría dado una paliza. Mi madre iba a hacer mil preguntas. ¿Cómo fue? ¿Por dónde viniste? ¿Por qué llegaste tarde? ¿No sabés que no puedes andar sola por ahí? Cuando de lejos lo veas, volvé por el otro camino. No te acerques. ¿No sabés que los hombres son ordinarios? Son todos así.

De esa manera, Betty. Era de esa manera. Siempre quedaron impunes. La culpa siempre fue nuestra. Una vez volvía a casa de la escuela y había un tipo sentado en el cordón de la vereda. Tenía un aspecto extraño, estaba descalzo y sin camisa. Dudé sobre si debía dar marcha atrás, estaba sola ese día. Ojalá lo hubiera hecho, pero decidí continuar. Quería llegar a casa, tenía hambre. Imaginate tener que rodear una cuadra entera en ese estado. Él sacó la cosa de los pantalones. La de él era roja. Y encima se metió conmigo, me preguntó: ¿te cabe? Como si a esa edad yo supiera para qué sirve una pija. Yo era una niña. Simplemente aceleré el paso porque, si corría, podría llamar la atención y afortunadamente, llegué a casa, con el corazón acelerado. Boca cerrada, nadie con quien hablar.

Teníamos miedo, ¿no? Todo estaba tan prohibido, todo era feo, nadie decía nada. Así fue como conocimos a los hombres y al sexo. Era feo, sucio, obsceno. En realidad, Mari, saqué este tema porque ayer casi que me dan pena todos esos hombres. Una de dos: o tienen demasiada auto-

estima o muy poca. ¿Hacen esto para menospreciarnos, para disminuirnos? ¿O creen que nos vamos a enamorar, que va a ser amor a primera vista de pija? En el fondo, deben ser todos unos frustrados. No hay otra explicación. No es normal salir a la calle y exhibirse así.

Si fuera hoy, estarían todos detenidos por pedofilia. En nuestro tiempo, les decían pervertidos, ¿te acordás? ¿Cómo olvidarlo? Todos decían: cuidado con los pervertidos. Como si fuera lo más normal del mundo. ¡Mira al pervertido, nena! Lo peor es que era parte de la rutina. Ya sabíamos que podíamos encontrar uno en el camino. A diferencia del cuco, del viejo de la bolsa, del lobo feroz, a los que nunca encontramos. Pero un pervertido, apuesto mi sueldo a que no aparece ni una mujer que nunca se haya topado con uno. ¿Te acordás de aquella vez que estábamos jugando frente a nuestra casa y llegó un señor bien vestido con un maletín en la mano y se nos acercó? Hoy nos reímos, pero ese día tuve mucho miedo. Él estaba con la bragueta abierta. Ese día mi madre y mi padre estaban en casa. Pero cuando corrimos, el tipo desapareció más rápido que nosotras. Pobre Elenita, debía tener unos cinco años, preguntando qué era esa cosita beige. No me hagas reír, Betty. Cuando llegó mi madre, ella dijo de inmediato que él era un pervertido. Yo qué sabía lo que era un pervertido. Ella y mi padre comenzaron a mirar por dónde se había ido el hombre. Estaba tan avergonzada que quería meterme en casa. Me preguntaba qué podría pasar si encontraban a aquel hombre. Para mí un pervertido podría estar armado. Pensé que mi padre podría querer pelear. Yo era demasiado inocente, ni siquiera le importó mucho, volvió a su trabajo.

Hubo una vez, Betty. Nunca te lo dije, nunca le dije a nadie. Será la primera vez que hable. Un tipo sacó su pito a mi lado en medio del ómnibus. Sentí tanto asco, tanta ver-

güenza, tanto odio por no gritar, por no llamar a alguien, al chofer, o por no empujar a ese sinvergüenza. Pero estaba tan asustada que me quedé paralizada. En ese entonces, esos tipos andaban con cuchillos o navajas, ¿te acordás? Es el peor recuerdo que tengo de mi infancia. Desearía poder borrarlo, pero todavía late en mi mente. No puedo creer lo que estás contando, Mari. Nunca contaste sobre esto. Demoró veinte años en empezar a sanar. Ese día me quedé destruida. Cuando llegué a casa, quería meterme en un agujero, desaparecer, borrar esa escena. Temblaba cuando me bajé del ómnibus cerca de mi casa. Y no era rabia hacia él, era odio hacia mí, odio y vergüenza hacia mí por no haber hecho nada, por no haber hecho algo. Lloré tanto en casa sin que nadie me viera. No fue fácil, hasta quise vomitar. Recuerdo que me bañé muchas veces, pero no podía quitarme el asco que sentía de mí. No sonreí durante una semana. De vez en cuando me entraba ese sentimiento de repulsión, había perdido la dignidad, ¿sabés? Oh, Mari, al menos deberías haberme dicho. La mía era una vida acorralada. Quizás hoy fuera diferente, pero en ese entonces teníamos miedo.

¿Será que las chicas de hoy todavía pasan por esto, Betty? No lo sé, Mari. Nunca más volví a saber de eso. Hoy las chicas están más despiertas. Pero no dudo que les pase. También hay tantas mujeres golpeadas por sus maridos y sin el coraje de hablar. Al menos a mi hija la guío. Veo mujeres más conscientes de que es culpa de ellos y no de ellas. Estos psicópatas necesitan ser tratados. Pero hay muchas chicas que siguen en silencio, sufriendo en silencio, como nosotras. Incluso porque a menudo son niñas, no tienen la comprensión de saber qué hacer y con quién contar. En aquel entonces lo único posible era quedarnos quietas y aceptar. Endurecer el caparazón y no resaltar. Sí, porque si quería

ser una linda princesa, iba a atraer aún más la atención de estos pervertidos.

Son muchas historias, Mari. Quería hablar contigo porque ayer sentí que estoy curada de todo esto. Deben haber quedado algunas marcas, pero ayer, cuando ese hombre mostró la pija, el pito, el pene, o como quieras llamarlo, me dio ganas de reír. Menos mal que el tiempo lo cura o lo suaviza todo, ¿no, Betty? Así es. Ayer solo quería reírme. Ayer el inocente era él. He visto tantas pijas que ya ni siquiera me importa. Y hoy puedo decir que vi todas las que quise ver. Blancas, negras, amarillas, rojas, chicas, medianas, grandes, blandas, duras, en directo, por la televisión, el celular, en la computadora. Me da igual.

Mari, sabés que ayer cuando el tipo orinó, la mostró, la movió para un lado y para el otro, yo estaba tranquila en lo mío, seguí resolviendo lo de mi llamada. Estar en el auto me dio algo de protección, estaba guarecida. Si me atacaba, le pasaba por encima con el auto. Pero fue mi cabeza la que me protegió. Me di cuenta de que crecí y no tengo problemas con los pitos, con el sexo. Gracias a Dios, a pesar de todo lo que hemos pasado, logramos sobrevivir. Ni me enojé con los hombres, ni dejé de ser mujer por eso. Tuve mis novios, mi matrimonio, nos separamos por otras cosas, el sexo no fue problema. Pero crie a mi hija y a mi hijo de manera diferente.

Me alegro por eso, Betty. Ese es el camino. Tampoco guardo culpas ni rencores del pasado. Pero en lo que esté a mi alcance, voy a ayudar a las jóvenes a que no pasen por esto. Pienso lo mismo que vos, amiga. Actualmente, con las experiencias que me ha dado la vida, hablo sin tapujos. No quiero que esto suceda con mi hija o con mis futuras nietas. Perdí el miedo, querida Mari. Ahora hablo. No me callo.

Se sentaron en la arena... La luna se elevó sobre el mar, llena y radiante, para brillar soberana en lo alto del cielo.

DOLOSA, DOLOROSA, DOLIDA

Babis Regina

Al sentir tu cuerpo en el mío
Al sentir tu olor mezclarse con el mío
Al sentir tu deseo, sentí asco, miedo.
Miedo de sentir tu cuerpo contra el mío
Contra mi voluntad
Asco de tu olor
Miedo de tu deseo indomable del que mi cuerpo no pudo huir
No hubo forma de separar tu cuerpo del mío
No hubo forma de quitar tu olor de mi carne
No hubo forma de saciar tu deseo
Aun estando yo somnolienta, adormecida, dopada,
aun diciendo que no
¡Implorando que no!
Ah, pero solo fue un beso
Un beso que fui obligada a dar
Un beso sofocante que rasga el alma
Un alma que clama por otro cuerpo
Porque este que veo en el espejo no es mío
El que veo es un cuerpo que fue violado, invadido

Un cuerpo invadido, dilacerado
Un cuerpo que permanece con aquel olor
Un cuerpo que no quiere ser más visto
Y mucho menos ser culpado
Un cuerpo que aun con el pasar de los años todavía
tiembla de miedo, todavía siente el olor
Miedo del espejo
Miedo del olor
Miedo del deseo
Miedo del hombre
Mi cuerpo, nuestro cuerpo tiene el recuerdo de otro cuerpo
Poniéndose contra nuestro cuerpo.
Y todavía vienen a decir que la violación es culposa.

AUTORAS

Amira Rose Medeiros es médica, profesora, escritora y música. Algunas de sus publicaciones son el libro de poemas *Um pouco de mim* (Questão de opinião, 1999) y la novela *Memórias de um Menino da Vila* (Utopia, 2005; F&A Gráfica, 2009; Viseu, 2021).

Babis Regina es percusionista y profesora de música, percusión y flauta dulce en algunas ONG, proyectos sociales, grupos de percusión, escuelas y en clases particulares. Actualmente es coordinadora y directora musical del grupo *Batucada Atómica* (Olinda). Es la primera y, hasta el momento, única mujer percusionista del Clube do Samba do Recife.

Claudete Bispo es licenciada en letras y ejerce la docencia en la red de educación pública de Belém de Maria (Pernambuco). Actualmente es estudiante de posgrado en lengua portuguesa y literatura brasileña.

Denise Sintani es licenciada en letras y magíster en literatura brasileña. Además, es docente y escritora. Posee un libro de cuentos publicado por la editorial Multifoco: *Cartas de Zi* (2014), además de otros títulos publicados de forma independiente.

Edlúcia Rodrigues es licenciada en pedagogía. En la década de 1990 ganó el segundo lugar en un concurso de poesía en el SESC Caruaru. A partir del 2020 regresó con fuerza a la escritura y participó en la antología *Nem tudo o que há no mundo*, de la editorial Arrelique (2021).

Fátima Regina Gomes Farias es poeta, compositora y activista social. Su profesión es la gastronomía inspirada en la cocina tradicional con especias e ingredientes orgánicos. Se define como una mujer en movimiento que lucha por la visibilidad del Arte Negra. Es autora de *Mel e dendê*, su primer libro de poemas.

Iaranda Barbosa es licenciada en letras y doctora en teoría de la literatura. En 2020 publicó su primera novela: *Salomé* (editorial Mirada). Actualmente se desempeña como profesora suplente en la UFPE, en el Departamento de Lengua Española, y realiza análisis y discusiones sobre literatura en transmisiones a través de su cuenta de Instagram.

Isabete Fagundes Almeida es licenciada en pedagogía, con posgraduación en neuropsicopedagogía, además de poeta, coordinadora del grupo *Haja Luz – Acervo Cultural Afrodescendente*, promotora de salud de la población negra y autora del libro *Passeio Poético* (Ediciones Agbara, 2020).

Karina de Oliveira Azevedo es licenciada en lengua inglesa y posee especialización en educación y gestión escolar. Es docente, investigadora, autora de artículos académicos en el campo de la educación y de la novela *Até me encontrar* (Mentes Abertas, 2020).

Marta Lúcia Silva de Melo es licenciada en pedagogía y posee especialización en psicopedagogía y psicoanálisis. Brinda servicios de consultoría en estas dos áreas. También es especialista en educación y derechos humanos, impartiendo conferencias en general, con énfasis en educación y sexualidad.

Rozy Albuquerque es estudiante de periodismo, además de locutora, asesora de comunicación y medios digitales. Trabaja en reportaje, conducción informativa, edición de textos, de videos y producción y gestión de redes sociales. De niña, escribió poesía y cuentos, fruto de la imaginación de su vida cotidiana e inspirados en escritores de su familia como su tío, el reconocido poeta Severino Cavalcanti.

Sephora Christt es una apasionada de la poesía y ha participado en varios concursos del género literario. En 2014 participó de la colección *Ciranda da Poesia* y en 2020 publicó el libro *Momentos*.

Siomara Lucena es periodista, profesora de lengua española, magíster en psicología y estudiante de doctorado en letras y literatura. En 2018 publicó el libro infantil *O Menino que sabia voar*. Desde el 2016 coordina el *Circulo De Leitura*, con adolescentes y adultos.

Suelany Ribeiro, es doctora en teoría literaria, docente, poeta y activista de los derechos humanos. Desarrolló investigaciones sobre memoria, estudios culturales y de género, así como literatura africana en portugués y lenguas indígenas. En 2020 publicó *Fruta verde*: *poemas para 40 semanas*, con el fin de deconstruir la visión romantizada sobre el embarazo, el parto y el puerperio.

Sigamos em mátria. Somos muitas.

Veruscka de Albuquerque Gromann es médica especialista en ginecología y obstetricia, feminista y activista del *Movimiento pela Humanização do Parto*. Atiende partos domiciliarios y recopila fascinantes historias de vida. Alentada por otras mujeres, se ha visto movilizada a escribir.

ILUSTRADORAS

Amira Rose Medeiros es amante del dibujo desde niña y quiso aportar su mirada a esta colección. Ya ilustró la portada de la 2ª edición de su libro *Memórias de um Menino da Vila* (F&A Gráfica, 2009).

Ilustraciones: pág. 31

Liliane Correia es licenciada en negocios y contabilidad. Sin embargo, desde pequeña le encanta estar rodeada de lápices de colores y papel de dibujo, que es, hasta el día de hoy, uno de sus pasatiempos favoritos.

Ilustraciones: pág. 42 y pág. 54-55

Maria Cardoso, es diseñadora de moda especializada en modelaje. Le gustan las cosas sencillas y le encanta la literatura fantástica, ver películas, viajar, pasear y tener una vida tranquila.

Ilustraciones: pág. 71

Marina Presbitero, es poeta, ilustradora, artista intuitiva, mujer-lesbiana-negra-nordestina, activista de la calle y de las letras, del cuerpo y de los verbos. Además, es docente en escuelas públicas y facilitadora didacta de biodanza. Expone sus quehaceres biocéntricos en el perfil de Instagram @marina.biodanza.

Ilustraciones: pág. 01

Encontranos en las redes:

amirarosemedeiros.recantodasletras.com.br

edluciarodrigues

iarandabarbosa

iarandabarbosa.com.br

karinaazevedo

escritoscontemporaneos.wordpress.com



miradajanela

miradajanela.com

Las historias aquí relatadas no pertenecen a un tiempo, y ni siquiera necesito las estadísticas sobre cuántas mujeres todavía sufren abusos todos los días en este inmenso Brasil para afirmar que, en este aspecto, los siglos necesitan actualizarse porque seguimos contando historias similares, pero hoy por lo menos podemos contar, decir sobre nosotras y sobre nuestro dolor, crear disturbios rompiendo el silencio enseñado como natural.

Las historias aquí presentadas no tienen tiempo, tienen prisa, urge pasar en limpio nuestros cuentos: las hadas ahora pueden volar en patinetas y las princesas deben salvarse de príncipes que resultaron ser bestias. Las niñas aprenden a despertarse al amor propio; nuevas Artemisas negociando con sus padres el espacio para ser quienes son, en pie de igualdad con sus hermanos.

Las historias aquí reunidas juegan de la mano, se fortalecen para seguir adelante inspirándose unas a otras: no más vergüenza por haber sido víctima, el plazo de este patriarcado está vencido. Ahora decidimos jugar a otra cosa.

Las historias aquí recogidas tienen otro tipo de magia, vinieron a subvertir el sentido común y afirmar: cuando vean mujeres pintadas, sepan que estamos en guerra.

Adrienne Myrtes





